
3500
AS DOCTORAS
EDIA
RRES
OS
E
5
EDUARDO
HARO
LA FARSA
50 cts.

Cubierta

de

este

número:

Socorrito González

bella

primera

actriz

# LAS DOCTORAS

EDUARDO HARO

# LAS DOCTORAS

COMEDIA EN TRES ACTOS, EN PROSA

ORIGINAL

*Estrenada en el Teatro de la Zarzuela, de Madrid, el día 22 de mayo de 1931.*

DIBUJOS DE

MANUEL PRIETO






AÑO V | 5 DE SEPTIEMBRE DE 1931 | NÚM. 208

MADRID

A Joaquín García León,

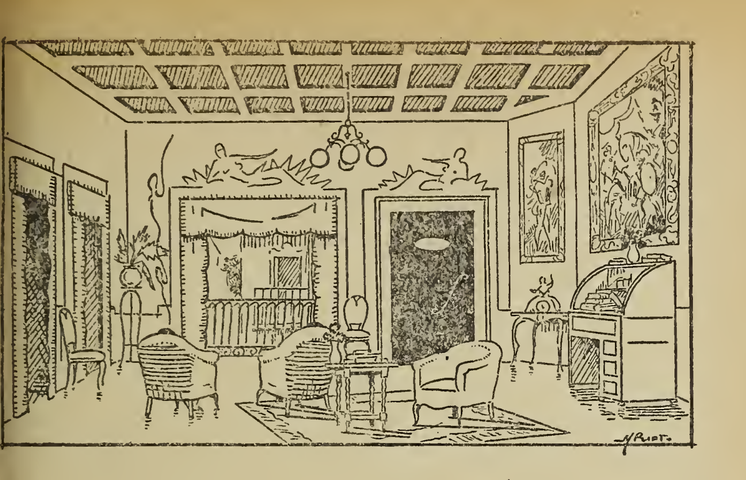
*ilustre primer actor.*
*Con la admiración*
*y la gratitud de*

Eduardo Haro

# REPARTO

| PERSONAJES | INTERPRETES |
|---|---|
| *Valentina Ladrón de Guevara, abogado* | Irene Caba Alba. |
| *María Teresa Ladrón de Guevara, doctora en Derecho* | Socorrito González. |
| *Aurora Mendoza de los Ríos, doctora en Medicina* | Srta. Alcoriza. |
| *Miss Tártara Spring, profesora de la Universidad de Oxford* | " Pujó. |
| *Basilisa* | Emilia Gil. |
| *Soledad* | Srta. González. |
| *Presidenta de la Liga* | Sra. Fernani. |
| *Secretaria* | Srta. Lozano. |
| *Doctora 1.ª* | " Sisbert. |
| *Doctora 2.ª* | " Campos. |
| *Doctoras.* | |
| *Fernando* | Tino Rodríguez. |
| *González* | Joaquín García León. |
| *Cachito* | Emilio Gutiérrez. |
| *Alfredo* | Manuel Perales. |
| *El cliente desconocido* | Ramiro de la Mata. |
| *El repórter* | Sr. Martínez. |
| *El fotógrafo* | " Castellanos. |

En Madrid. Epoca actual. Derecha e izquierda las del actor.



# ACTO PRIMERO

Saloncito amueblado con gusto. Una puerta mampara al foro con un letrero en la parte de afuera que dice: "Valentina Ladrón de Guevara, Abogado, de cuatro a seis." A la derecha de esta puerta, un amplio balcón abierto, por el cual se ve la fachada de enfrente. A la izquierda, adosado a la pared, un "bureau" moderno con rimeras de libros y papeles. En el centro, mesita con periódicos y aparato telefónico. Tanto en esta mesita como en el "bureau" hay floreros con claveles y cajas de cigarrillos egipcios y algún pequeño "neceser" con el consabido "rimel" y "rouge". Es de día.

## ESCENA PRIMERA

*MARIA TERESA y AURORA*

*(Delante del balcón, y de espaldas al público, hay dos sillones, y en ellos dos personas sentadas. Como sólo se ve la parte posterior de dos cabezas jóvenes con el pelo cortado a la moda, no se sabe si son mujeres o si son hombres. Las espirales de humo de sus cigarrillos suben hacia el techo. Suena el timbre del teléfono. María Teresa se levanta y descuelga el receptor. Habla sin dejar de lanzar bocanadas de humo.)*

MARIA TERESA.—¡Hallow, Hallow!... ¿La señora de González? No, aquí no es... ¡Ah, usted pregunta por doña Valentina Ladrón de Guevara, abogado!... Sí, sí, aquí es... Es mi hermana. Abogado, sí, como yo... (*Bocanada de humo.*) No, no está en casa; ha ido a la Audiencia y a ondularse... Pero para el asunto que usted dice creo que no es mi hermana a quien debe usted dirigirse; mi hermana es civilista... La criminalista soy yo. (*Bocanada de humo.*) Caballero, no tolero bromas cuando estoy hablando de un asunto profesional! Si mis ojos son o no criminales, nada tiene que ver que yo sea criminalista... Bien; puede usted venir cuando guste. (*Cuelga el receptor.*) No les cabe en la cabeza; para ellos seremos siempre sólo mujeres.

AURORA.—(*Se levanta y llega al centro de la escena. Es también joven y bonita.*) Ya se irán acostumbrando a vernos en el ejercicio de la profesión.

MARIA TERESA.—¿Qué quieres, hija? Mujer y amor son dos palabras que los españoles no saben separar.

AURORA.—Ayer, en el hospital, nos disponíamos a operar a un ciudadano que se había roto una pierna al caerse por seguir a una de esas modistillas que cuando las siguen parece que llevan motor. Yo le aplicaba el cloroformo. ¿Puedes creer que el hombre tuvo humor para decirme un chicoleo? "No se moleste en darme el cloroformo—dijo—; míreme usted y me desvanezco."

MARIA TERESA.—Si vieras lo que paso yo en la Audiencia. Me asedian los procuradores, me chicolean los alguaciles... Eso sí; he conseguido que los magistrados no se duerman.

AURORA.—¿Tienes algún libro nuevo?

MARIA TERESA.—Sí, mira.

AURORA.—(*Leyendo los títulos.*) "Comentarios de Jiménez Asúa al Código penal de los Soviets"; y una nueva edición anotada de "La teoría de Lombroso".

(*En uno de los balcones de enfrente surgen dos vecinos, muchachos jóvenes y alegres.*)

VECINO 1.º—Me dan ganas de matar a mi patrona para que sea usted mi abogada.

VECINO 2.º—Oiga, joven... galena.

MARIA TERESA.—Es a ti, Aurora.

AURORA.—¡Ah!; es el radioescucha de enfrente.

VECINO 2.º—Vamos, que no me cabe en la cabeza que con ese palmito sea usted compañero del doctor Maestre.

VECINO 1.º—Ni a mí que una chica tan bonita sea camarada de Bergamín.

María Teresa.—Déjalos. Vamos a mi cuarto. Verás la toga que me han hecho. Dicen que me sienta muy bien.

(*Salen las dos, primera derecha. Los vecinos se retiran del balcón.*)

## ESCENA II

*FERNANDO y ALFREDO, por el foro.*

Fernando.—Pasa, Alfredo. Vas a conocer a esa chica que tanto te interesa. Te aseguro que es el perfecto tipo de la mujer moderna.

Alfredo.—Supongo que tienes la necesaria confianza para hacer mi presentación.

Fernando.—Hace tres años que María Teresa y yo tenemos relaciones.

Alfredo.—¡Qué suerte! ¡Una doctora en Derecho!

Fernando.—¿Suerte? No digas tonterías. Para mí la mujer es sólo la mujer. Como en los tiempos medioevales.

Alfredo.—En cambio, a mí me encanta el avance feminista. ¡Tener por compañera una mujer instruída, que le comprenda a uno!

Fernando.—Pues en esta casa todas son instruídas: mi novia, María Teresa, doctora en Derecho...

Alfredo.—¿Sabrá mucho, verdad?

Fernando.—Bastante. Pero la que sabe hasta latín es la hermana mayor: Valentina Ladrón de Guevara, abogado. ¡Es para morirse! Además de abogado es casada.

Alfredo.—Eso no es una profesión.

Fernando.—En ella, un título. El marido es un infeliz: González. Esa es toda su personalidad. González en la mesa, González en el despacho, González en... todos los momentos.

Alfredo.—¿Aun en los más interesantes?

Fernando.—En todos. Siempre González. Yo ya me había dado un tiro. Además, tienen otra hermanita, licenciada en Ciencias Naturales, que acaba de marcharse a Londres para doctorarse en una de aquellas Universidades. ¡Un encanto! En vez de las tres Gracias son la estatua de la Justicia, la de la Libertad y la del Progreso.

Alfredo.—Pues te confieso una vez más que la mujer moderna me seduce.

Fernando.—Porque tú no conoces a la mujer.

Alfredo.—Admiro sus ansias de libertad.

Fernando.—¿Libertad, y es esclava de una cosa tan fútil como la moda?

Alfredo.—Sus aspiraciones de elevarse.

Fernando.—Por eso usa tacones altos.

Alfredo.—Qué quieres...; me encantan las mujeres de ahora... ¡Tan instruídas! Me embobo oyéndolas hablar. Sus labios me parecen páginas de un libro.

Fernando.—A veces, demasiado leído.

Alfredo.—La mujer tiene hoy un concepto de la verdad más exacto que el hombre.

Fernando.—Sí; pero su verdad no es la verdad misma, sino lo que ellas quieren que sea la verdad. Casi siempre la mismísima mentira bellamente disfrazada. La mujer es ahora como hace mil años. Tú dile a una de estas sabias que es muy inteligente y muy culta y te dedicará, desde luego, una sonrisa de reconocimiento. Pero una sonrisa un poco desdeñosa, desilusionada. Dila, en cambio, que lleva el pelo muy bien ondulado, que viste con suprema elegancia, que es muy bonita, y te abrirá su corazón como una rosa bañada de luz. Creeme, querido Alfredo, la mujer es sólo mujer. Frívola, coqueta. Su coquetería de siempre es arma más temible que su sabiduría de hoy. Sólo ha habido una mujer que no ha engañado al hombre. Justo es reconocerlo.

Alfredo.—¿Cuál?

Fernando.—Eva. Y fué porque no encontró con quien engañar a Adán.

Alfredo.—¡Bah! No me negarás que cuando una mujer se enamora su cariño es más consistente que el del hombre.

Fernando.—Lo más consistente en ella es su inconsistencia. ¡Y ahora que estamos en la época del flirt!

Alfredo.—El flirt es encantador. También es un avance de la mujer. No me negarás que es un avance.

Fernando.—No me interesa. Yo soy un pasional.

Alfredo.—Estás un poco *demodé*. Hay mujeres...

Fernando.—No sigas desbarrando. Para mí sólo hay dos clases de mujeres: las que cierran los ojos cuando besan y las que miran a ver si uno los cierra.

*(Se oyen dentro, aproximándose, las risas de María Teresa y Aurora.)*

Alfredo.—¿Es ella?

Fernando.—¡Paso a la ciencia!

## ESCENA III

*Dichos, MARIA TERESA y AURORA*

FERNANDO.—(*Haciendo las presentaciones.*) María Teresa, mi novia... La señorita Aurora Mendoza de los Ríos, doctora en Medicina... Mi amigo Alfredo Rivera, ingeniero, y un entusiasta defensor de la causa feminista.

ALFREDO.—(*A María Teresa.*) Ya he leído sus triunfos en la Audiencia. (*A Aurora, mirándola con admiración.*) ¿De verdad practica usted la Medicina?

AURORA.—Dirijo una clínica.

ALFREDO.—Si alguna vez me siento enfermo...

AURORA.—Yo estoy al serivicio de la humanidad.

FERNANDO.—Tú puedes llamarla, porque tienes la vida asegurada.

MARIA TERESA.—¡Fernando!

AURORA.—Es la inevitable broma de todo el mundo cuando se habla de médicos. Eso no quita para que luego suspiren por ellos cuando llega el momento.

ALFREDO.—Yo soy siempre respetuoso con la Ciencia, y mucho más cuando está representada por una mujer.

FERNANDO.—¡Y qué mujer! Jamoncito serrano. Perdona, María Teresa.

MARIA TERESA.—Si no te conocieran...

ALFREDO.—(*Muy interesado.*) ¿Se ha doctorado usted?

AURORA.—El año pasado. Las mujeres siempre llegamos hasta el final.

ALFREDO.—¡Que lástima!

AURORA.—Lástima ¿de qué?

ALFREDO.—De que yo tenga esta salud a prueba de bomba.

FERNANDO.—No te fíes. Aurorita tiene la teoría de que todos somos enfermos.

AURORA.—Por lo menos, todos tenemos síntomas.

ALFREDO.—¿Yo también?

AURORA.—(*Mirándole con fijeza.*) Acaso...

ALFREDO.—No soy aprensivo, pero me mira usted de un modo...

FERNANDO.—¡Que le ausculte!

AURORA.—Me basta con mirarle.

MARIA TERESA.—Conseguirán ponerle a usted enfermo.

ALFREDO.—¿De veras tengo síntomas?

FERNANDO.—De una enfermedad gravísima. Voy a decírselo a la doctora. Primer síntoma: tiene tres automóviles y hotel propio. Segundo síntoma: no tiene familia, es soltero, libre, feliz e independiente. Diagnóstico: enfermedad de ricos: se aburre.

ALFREDO.—Te burlas de todo. (*A Aurora.*) En serio: jamás me he encontrado tan bien como en este momento. ¡Es que me encuentro admirablemente!

(*María Teresa y Fernando van al balcón y en él permanecen charlando, mientras Aurora y Alfredo siguen el diálogo.*)

AURORA.—¿Es usted también incrédulo, como Fernando?

ALFREDO.—Al contrario.

AURORA.—¿Y aprensivo?

ALFREDO.—Tampoco.

AURORA.—Sin embargo, parece usted preocupado.

ALFREDO.—Es que no tengo costumbre de ver una doctora, y así, tan cerca; además, eso de los síntomas...

AURORA.—A ver. (*Le toma le pulso.*) Ciento diez pulsaciones.

ALFREDO.—Pongamos que veinte son a cuenta de usted.

AURORA.—Pongámoslo. ¿Tiene usted apetito?

ALFREDO.—Ahora muchísimo; hambre devoradora.

AURORA.—Un poco pálido.

ALFREDO.—Emoción.

AURORA.—¿De qué?

ALFREDO.—De admirar a una mujer tan culta como usted.

AURORA.—Tiene usted un brillo anormal en los ojos; le tiemblan ligeramente las manos...

ALFREDO.—Sobre todo cuando se encuentran con las de usted.

AURORA.—¿Qué edad tiene usted?

ALFREDO.—Veinticinco años.

AURORA.—Levante usted los brazos y respire fuerte.

ALFREDO.—(*Haciéndolo.*) ¿Es igual que suspire?

AURORA.—¿Qué es esto? Se le ensancha a usted demasiado la garganta. (*Tratando de preocuparle con un gesto cómico que él no advierte.*)

ALFREDO.—¿Cómo? ¡Dígame usted en seguida lo que tengo! ¿Es que me encuentra usted muy mal?

AURORA.—No se preocupe. Yo le trataré a usted.

ALFREDO.—Pero tráteme usted con confianza.

AURORA.—¿Tanto le intereso a usted?

ALFREDO.—Muchísimo. ¡Una doctora en Medicina!

AURORA.—Usted también tiene su ciencia. ¡Un ingeniero!

ALFREDO.—Un ingeniero que, según el diagnóstiio de usted, se derrumba.

AURORA.—No es para tanto. Haga usted vida higiénica. Pasee, coma frugalmente, no salga usted de casa por las noches.

ALFREDO.—¿No quiere usted que salga de casa por las noches?

AURORA.—Se trata de una prescripción facultativa.

ALFREDO.—Pero de una prescripción que viene de usted. Me tendrá usted en casita haciendo solitarios.

AURORA.—No se preocupe usted. Me comprometo a curarle y a impedir que se apodere de usted la única enfermedad que sería temible para mí.

ALFREDO.—¿Cuál?

AURORA.—La amnesia.

FERNANDO.—(*Volviendo a reunirse con ellos.*) ¿Ha terminado la consulta?

(*Aurora va a hablar con María Teresa.*)

ALFREDO.—Cuánto te agradezco esta presentación. Has contribuído a mi felicidad. (*Contemplando a Aurora.*) ¡Una doctora en Medicina!... ¡Mi sueño!

MARIA TERESA.—(*A Aurora.*) ¿Te vas sin ver a Valentina?

AURORA.—Un enfermo grave. Pero vendré a tomar el té con vosotras y a ver si ha llegado esa inglesa de Oxford.

MARIA TERESA.—Miss Tártara Spring. Es un intercambio muy original y muy moderno. Miss Spring se hospedará en casa durante tres o cuatro meses, y, en cambio, mi hemana Carmen vivirá en Londres en casa de la familia de miss Spring.

FERNANDO.—En el cambio saldrá ganando la miss, porque la libra está muy alta.

MARIA TERESA.—Es una inglesa de gran mérito.

FERNANDO.—Por eso: el oro inglés.

AURORA.—Carmen también vale mucho.

FERNANDO.—Sí, pero no pasará de ser la peseta española.

MARIA TERESA.—No digas tonterías.

ALFREDO.—(*A Aurora.*) ¿Me permite usted que la lleve en mi cacharrito?

AURORA.—¿Por qué no? Pero supongo que su automóvil no será como el de "Knoch o el triunfo de la Medicina".

ALFREDO.—Al contrario. Este, muchas veces, no hay medio de pararlo. (*Salen riendo por el foro.*)

## ESCENA IV

*MARIA TERESA y FERNANDO*

FERNANDO.—Ahí tienes un producto de la educación moderna: el amor científico. Ella ha extendido la terrible receta, y él tiende un puente.

MARIA TERESA.—¿No puede ser que se hayan gustado?

FERNANDO.—Se han admirado. "¡Oh, un ingeniero!" "¡Oh, una doctora!" El triunfo de la ciencia. El fracaso del amor.

MARIA TERESA.—No exageres. El amor empieza siempre por una mutua admiración.

FERNANDO.—Si se casaran, su hogar sería una sala de consulta y un cuarto de estudio lleno de planos al ferroprusiato. Muy poético. En cambio, yo, sólo sé quererte con todas mis fuerzas. Soy un zángano, es verdad. Pero no estoy dispuesto a que tú seas la abeja laboriosa.

MARIA TERESA.—No hables de eso. ¿Por qué no quieres que ejerza mi carrera?

FERNANDO.—Mi situación se prestaría a ciertos equívocos que no puedo tolerar.

MARIA TERESA.—Eres demasiado susceptible.

FERNANDO.—Por desgracia, he derrochado mi juventud inútilmente. No tengo carrera. Apenas me resta algo del patrimonio que heredé. He sido un señorito con todas las de la ley: altivo, finchado, belicoso inconsciente. Pero siento la hidalguía española tradicional: o tu carrera o yo.

MARIA TERESA.—¿Es que siempre ha de demostrar la mujer su amor a fuerza de sacrificios?

FERNANDO.—Si me quisieras, no pensarías que sacrificabas nada.

MARIA TERESA.—Mis estudios, mi carrera, mi porvenir.

FERNANDO.—Tu porvenir será el que yo te ofrezca, si acierto a rehacer mi fortuna. Procuraré para ti la vida que te mereces. Pero serás *mi mujer*. De ningún modo seré yo *el marido de la señora doctora en derecho.*

MARIA TERESA.—Eso no puede ser nunca un motivo de humillación para ti.

FERNANDO.—No. Pero me imputarían cálculos odiosos y yo quiero ir a todas partes con la frente muy alta.

MARIA TERESA.—La vida moderna rompe las cadenas que esclavizan a la mujer. Todos los caminos de la vida deben ser accesibles para ella. Esposa, madre y doctora. ¿Por qué no?

FERNANDO.—Yo sólo te quiero mi mujer. Pero veo que prefieres tus triunfos de abogado.

MARIA TERESA.—No, Fernando. El mayor triunfo de todas las mujeres es sentirse entre los brazos vigorosos del hombre que la ama y la defiende.

FERNANDO.—Eso ya es ponerse en razón. ¿Quieres que digamos a tus clientes que renuncias a los asuntos de abogacía?

MARIA TERESA.—No, de ninguna manera.

FERNANDO.—Es más fuerte tu amor a la profesión.

MARIA TERESA.—¡Ahora que empiezo a tener un nombre!

FERNANDO.—¿Acaso el mío te parece insuficiente? Está bien. Sigue tu camino. Yo me iré.

MARIA TERESA.—(*Sobresaltada.*) ¡Eso no puede ser!

FERNANDO.—Voy a dejar de ser un señorito para ser un hombre. Me iré de España.

MARIA TERESA.—¿Y para ser un hombre vas a irte de España, cuando tanta falta hacen aquí?

FERNANDO.—Es forzoso respetar tu porvenir. Yo no tengo ningún derecho...

MARIA TERESA.—Tienes el más fuerte de todos: el derecho del amor.

(*Suena el timbre del teléfono. María Teresa descuelga el receptor y escucha. Va reflejándose en su cara una profunda satisfacción.*)

MARIA TERESA.—(*Después de haber escuchado, pero sin colgar el receptor.*) ¡Que triunfo, Fernando! Me comunican que la Sala ha sentenciado de acuerdo con mi petición. (*Fernando permanece impasible.*) ¡Un éxito! ¿Qué dirán mis compañeras? (*Al aparato.*) Sí, sí, muchas gracias... ¿Cómo?... Espere usted un momentito... (*A Fernando.*) Me ofrecen un asunto muy interesante, de verdadero lucimiento. Fíjate bien, Fernando: si lo gano habré conquistado el porvenir.

FERNANDO.—¡Tu porvenir! Si así lo estimas, puedes hacer lo que quieras.

MARIA TERESA.—Piénsalo bien, Fernando. Creo que padeces una obcecación.

FERNANDO.—Acaso. Pero este es el momento: o tu carrera o yo. Responde como te dicten tus sentimientos.

MARIA TERESA.—(*Contrariada.*) No; responde tú.

FERNANDO.—¿Yo? (*Al aparato.*) Oiga... La señorita Maria Te-

resa, la abogada, ¿sabe?, me encarga le diga a usted que ha decidido... encargarse del asunto que la ofrecen.

MARIA TERESA.—(*Con alegría y gratitud.*) ¡Fernando!

FERNANDO.—Es el camino de tu vida. Lo demás no tiene importancia. Te espera un nuevo triunfo. (*Haciendo mutis por el foro.*) ¡Enhorabuena!

MARIA TERESA.—¡Fernando!

(*Queda un momento silenciosa; en seguida va a mirar por el balcón, y, después, sollozando, hace mutis por la derecha.*)

## ESCENA V

*VALENTINA LADRON DE GUEVARA y BASILISA.*

(*Entra Valentina por el foro. Gafas de armadura de concha y bastón. Libros debajo del brazo. Avanza a primer término, quitándose los guantes. Basilisa, criada pueblerina, muy zafia, la sigue, mirándola con asombro.*)

VALENTINA.—(*Dándola un libro.*) Toma; pon el *Canónico* al lado del *Civil.*

BASILISA.—(*Sin comprender.*) ¿El canónigo al lado del civil?

VALENTINA.—Este libro lo pones en mi cuarto al lado de otro que hay en mi mesa. (*Dándola el bastón.*) Toma.

BASILISA.—(*Riéndose.*) ¡Andá!... ¡Vaya bastón! ¡Es como el del señor juez de mi pueblo!

VALENTINA.—Pero sin borlas. Todo llegará. Dame mi *dossier.*

BASILISA.—(*Con la boca abierta.*) ¿El qué?

VALENTINA.—Las cartas que se hayan recibido para mí.

BASILISA.—(*Dándoselas.*) ¡Hoy sí que ha tenío cartas la señorita!

VALENTINA.—¡Despejen! Espera. ¿Y el señorito?

BASILISA.—Ha salido.

VALENTINA.—Paseante en Cortes. Buena carrera.

BASILISA.—¿Cómo?

VALENTINA.—¡Despejen! (*Sale Basilisa corriendo. Valentina se sienta, dando frente al público; limpia los cristales de las gafas, monta una pierna sobre la otra y empieza a repasar su correspondencia.*) Bien, bien. (*Leyendo entre dientes.*) ¡Hum!... Todavía *sub judice. ¡Sub judice!* Perfectamente. Hay que cargarle las costas, porque si no veo en el aire la minuta... (*Abre otra carta.*) De Londres. (*Leyendo.*) "Mi querida hermana: Estoy en-

cantada en casa de miss Tártara Spring, profesora de Física y Química de la Universidad de Oxford, la cual supongo que ya estará con vosotros. Tratadla muy bien." ¡No faltaba más! "Es la presidenta de la Liga de los Derechos de la Mujer... Darla buena comida." ¡Cualquiera hace combinaciones con una profesora de Química! "¿Y Cachito, mi inolvidable novio? ¿Ha encontrado ya colocación?" ¡Qué va a encontrar ese camueso! "Decidle que no tenga miedo, que los ingleses son muy ingenuos. Ya he estado en el cine con el hermano de miss Tártara Spring, y nada. Es un joven muy simpático, y, como os digo, muy ingenuo." Nunca me he fiado de la ingenuidad. En el fondo, un ingénuo es un sinvergüenza. "¿Y María Teresa y Fernando, se casan." ¡Qué se va a casar ese Abderramán I! "Besos a todos. Good by. Carmen." Esta progresa; ya emplea palabras inglesas... Esa miss Tártara debe llegar de un momento a otro. ¡Qué emoción, tener en casa nada menos que a la presidenta de la "Liga de los Derechos de la Mujer"!

## ESCENA VI

### *VALENTINA y GONZALEZ*

(*Por la puerta del foro entra González, que trae un paquete de regulares dimensiones, envuelto, con el mayor esmero, en papel de seda y cinta color rosa.*)

GONZALEZ.—¿Estás muy ocupada, Valentinita?

VALENTINA.—Para ti siempre tengo cinco minutos.

GONZALEZ.—Gracias. Soy un marido afortunado.

VALENTINA.—Qué quieres... Mi carrera me absorbe; a ti te consta que hasta dormida, me ocupo de mi carrera.

GONZALEZ.—¡Anda, las veces que me has tomado por el abogado de la parte contraria! Pues, ¿y cuando sueñas que eres presidente de Sala y agitas la campanilla y amenazas con despejar?

VALENTINA.—¿Qué traes ahí?

GONZALEZ.—¡Ingrata!

VALENTINA.—¿Qué dices?

GONZALEZ.—¡Olvidadiza!

VALENTINA—No me pongas nerviosa.

GONZALEZ.—¿No sabes qué día es hoy?

VALENTINA.—Ocho.

GONZALEZ.—¡No te dice nada el mes de Septiembre!

VALENTINA.—La Virgen de los melones...

GONZALEZ.—Precisamente... Diez años hace que nos casamos

VALENTINA.—¡Qué emoción! Perdóname, González, pero en este momento tenía en la cabeza un asunto de abintestato que..

GONZALEZ.—Aquí tienes mi regalito.

VALENTINA.—Encantada, González. Pero no dilapides, González, que me cuesta mucho ganarlo. Ya sabes que las chucherías me excitan los nervios.

GONZALEZ.—Creo que será de tu gusto. Para mí tus caprichos son leyes.

VALENTINA.—Acabas de hacer un oportunísimo juego de palabras. (*Desenvolviendo el paquete.*) A ver si has tenido buen gusto. (*Mostrando el contenido del paquete.*) ¡El Alcubilla!... ¡Con la falta que me estaba haciendo!

GONZALEZ.—¿Te gusta el regalito?

VALENTINA.—Muy delicado... ¡El décimo aniversario! Me parece que fué ayer cuando te conocí en un tranvía de la Guindalera. Tú ibas en la plataforma. Yo te cedí el asiento. "Pase usted. ¿Quiere usted sentarse?"

GOZALEZ.—Yo te contesté: "No se moleste; bajo en seguida".

VALENTINA.—Yo estaba en el quinto de Derecho. Todas las mañanas esperaba en la puerta de la Universidad, con mis compañeras, a que tú pasases.

GONZALEZ.—Pero no me atrevía a hablarte.

VALENTINA.—Tuve que abordarte yo. Para la mujer de vanguardia, los prejuicios no existen.

GONZALEZ.—¡Como que ya no le salva a uno ni la timidez!

VALENTINA.—Luego, las relaciones...

GONZALEZ.—Demasiado largas.

VALENTINA.—Y demasiado aburridas. Siempres fuiste un pasmado.

GONZALEZ.—Pero, al fin, me atreví a preguntarte cuándo nos casaríamos.

VALENTINA.—Y yo te contesté: Cuando termine la carrera. Y cumplí mi palabra. Nos echaron la bendición, y tú, siempre tímido, siempre humilde, me apretaste la mano, ¡por fin, ya era hora!, y me dijiste conmovido: "Gracias Valentina, por dispensarme el honor de ser algún día mi viuda".

GONZALEZ.—Es el premio del hombre vulgar que se casa con una mujer sabia.

VALENTINA.—¿Y el trabajo que me costó que me dieras el primer beso?

GONZALEZ.—Es que besar a una doctora, ¡caramba!, impone mucho. Pero después me acostumbré.

VALENTINA.—Y en ocasiones te excediste.

GONZALEZ.—Y hasta creo que te he faltado al respeto alguna vez. Pero ha sido por amor; por el tierno amor que tengo a mi Tinita.

VALENTINA.—A tú... Dime, dime cositas dulces.

GONZALEZ.—Pero quítate las gafas.

VALENTINA.—Algo muy dulce.

GONZALEZ.—¡Pirulí!

VALENTINA.—¡González! (*Reaccionando.*) Bueno, basta de recuerdos y de ternezas. Basta de tonterías. Necesito trabajar. Tengo muchos asuntos pendientes. Estoy agobiada de papeles. (*Se sienta y ordena papeles.*) Pero, ¿qué es esto? ¿Quién ha metido estos papeluchos entre mis causas? "Tarzán de los monos"...

GONZALEZ.—No me desarregles los folletines, que los estoy juntando.

VALENTINA.—(*Tirándolos.*) ¡En esto ocupas tu tiempo!

GONZALEZ.—Algún entretenimiento he de tener mientras tú estás en la Audiencia.

VALENTINA.—Eres demasiado vulgar. "Los misterios de París", "El fantasma del Louvre", "El crimen de la Opera"... (*Va tirando los volúmenes.*)

GONZALEZ.—¡Que vas a abrirme la cabeza!

VALENTINA.—Estás fuera del mundo, González.

GONZALEZ.—Yo estaré fuera del mundo; pero tú, en este momento, estás fuera de la ley. (*Valentina sigue tirando libros.*)

## ESCENA VII

*DICHOS y CACHITO, por el foro.*

CACHITO.—(*En la puerta.*) ¿Se puede? (*Viendo que vuelan los libros, hace medio mutis.*) No se puede.

VALENTINA.—Pase usted.

CACHITO.—Hasta luego. Volveré.

VALENTINA.—Pero ¿a dónde va usted ahora?

CACHITO.—A hacerme un seguro de vida.

VALENTINA.—Pase usted. Es un efecto de oratoria.

GONZALEZ.—Sí, estaba ensayando un informe ante la Sala.

CACHITO.—Pues el Tribunal tendrá que constituirse con chichonera.

VALENTINA.—Pase usted sin miedo, hombre. Yo les dejo. Tengo muchísimo trabajo atrasado. (*Coge sus papeles y se dirige a un lateral.*) González, que no estoy para nadie. (*Mutis.*)

## ESCENA VIII

*GONZALEZ y CACHITO*

GONZALEZ.—¿Pero tú habías creído que se trataba de una trifulca? Nada de eso, hombre. Aquí se respira la paz del hogar.

CACHITO.—(*Indicando con un ademán que los libros van por el aire.*) Está en el ambiente.

GONZALEZ.—Bueno, ¿y tú has encontrado ya colocación?

CACHITO.—Ni esperanzas. Ahora mismo vengo de solicitar un empleo y ya habían tomado a *otra.*

GONZALEZ.—¿Cómo a otra?

CACHITO.—Sí, a una taqui-meca. En todas partes donde voy a buscar colocación, ya han tomado a *otra.* Ni por casualidad me dicen: ya tenemos otro. Siempre es *otra.*

GONZALEZ.—¡La invasión de las melenas cortas!

CACHITO.—Es un abuso.

GONZALEZ.—¡Bah, tú tienes un gran porvenir, Cachito!

CACHITO.—¿Yo?

GONZALEZ.—Marido de una doctora; de la encantadora Carmencita, futura doctora en Ciencias Naturales.

CACHITO.—Es una solución. En mi casa somos tres hermanos y mi mamá dice que no estará tranquila hasta que nos vea casados a los tres. El mayor, ese tan trabajador que está por las mañanas en la terraza de "Regina", por las tardes en los tés del Sakuska y por las noches en los soupers del Alcázar, ya se ha tomado los dichos con una boticaria. Y el pequeño habla con una auxiliar de Hacienda.

GONZALEZ.—Un horizonte nuevo para el hombre de bien.

CACHITO.—Sí; pero mientras, uno está de parásito. ¡Si Carmencita se doctorase! Y si no me olvidase; porque ésto de que se haya marchando a Londres... Siempre me han dado miedo los ingleses.

GONZALEZ.—Carmencita no te olvida. Volverá y os casaréis. Ya verás la importancia social que adquieres. ¡Marido de una doctora! Siempre da postín. Cuando llega un cliente y me pre-

gunta: "¿Está la señora abogada?", yo me pavoneo. "No está la señora abogada; pero estoy yo, que soy su marido". "Usted no me sirve"... Pero uno se da tono. ¡Una esposa con título académico! ¡El ideal, Cachito!

CACHITO.—¡El ideal!

## ESCENA IX

*DICHOS y BASILISA, por el foro, cantando y moviendo las caderas.*

BASILISA.—Tengo de subir, subir... (*Mutis.*)

(*González y Cachito siguen atentamente los movimientos de Basilisa.*)

GONZALEZ.—(*Bajando la voz.*) ¡Eso es una mujer!

CACHITO.—¡Una mujer de cuerpo entero!

GONZALEZ.—De dos medios cuerpos. Lástima que no tenga estudios.

(*Vuelve Basilisa, con una pequeña escalera de mano que coloca ante el balcón y se dispone a subir para limpiar los cristales.*)

BASILISA.—(*Cantando.*) Tengo de subir, subir...

GONZALEZ.—Oye, Cachito, que va a subir.

CACHITO.—A lo más alto del puerto de Guadarrama.

GONZALEZ.—Nosotros nos quedaremos en la falda.

(*Basilisa, subida en la escalera, limpia los cristales.*)

CACHITO.—¡Es una pena que esta mujer no desarrolle su inteligencia!

GONZALEZ.—Es verdad. Porque del desarrollo de lo demás ya no tiene que preocuparse.

CACHITO.—Yo no soy de esos hombres que se escandalizan porque la mujer enseñe algo.

GONZALEZ.—Yo creo que puede enseñarlo todo. Esta podría ser una buena catedrática de Geografía... La esfera..., el mapa mundi...

CACHITO.—Mejor de Geometría ... el círculo... las curvas...

BASILISA.—(*Baja de la escalera, recoge la escalerilla y hace mutis.*)

Cuando vengas a verme
ven por lo obscuro,
pa que crea mi madre
que eres el burro.

CACHITO.—¡Una mujer!

GONZALEZ.—¡Una mujer de cuerpo entero! (*Se oye hablar Valentina.*) Mi mujer. Vámonos. Voy a presentarte a un ami que tiene una fábrica, a ver si te coloca.

CACHITO.—Habrán tomado a otra.

GONZALEZ.—No lo creo. Es una fábrica de medias. (*Mutis los dos por el foro.*)

## ESCENA X

### *VALENTINA y MARIA TERESA*

(*Por la derecha llega Valentina, se dirige al bureau y empieza a examinar unos papeles.*)

MARIA TERESA.—(*Por la derecha.*) Quiero hablar contigo, Valentina.

VALENTINA.—¿Asunto civil?

MARIA TERESA.—No.

VALENTINA.—¿Criminal?

MARIA TERESA.—¿Criminal?... No sé... Tampoco... Se trata de mí, de algo que afecta a mi vida, algo muy íntimo.

VALENTINA.—(*Calándose las gafas.*) Venga la exposición de hechos.

MARIA TERESA.—Fernando y yo hemos terminado.

VALENTINA.—Simplemente una querella.

MARIA TERESA.—Se ha marchado para no volver.

VALENTINA.—Habrá que juzgarle en rebeldía.

MARIA TERESA.—Me ha planteado el dilema: o él o mi carrera.

VALENTINA.—(*Poniéndose en pie y con tono enérgico.*) ¡No habrás vacilado, María Teresa!

MARIA TERESA.—Sí... Tuve un momento de duda. Le quiero mucho, Valentina. Vacilé y, al fin...

VALENTINA.—(*Impaciente.*) Al fin, ¿qué?

MARIA TERESA.—Le dejé marchar.

VALENTINA.—¡Bien, María Teresa! Un sacrificio más de la mujer fuerte: el sacrificio del amor.

MARIA TERESA.—De mi único amor.

VALENTINA.—¿Y qué razones aduce para que no ejerzas tu carrera?

MARIA TERESA.—Su dignidad de hombre.

VALENTINA.—¡Extraño concepto de la dignidad! ¡Que hubie-

ra aprendido a ganarse la vida! Tú debiste fijarte. Ya sabías quien era Fernando.

MARIA TERESA.—¿Quién es capaz de evitar las debilidades del corazón? El tuyo de mujer sabrá comprenderlo todo. (*Llora.*)

VALENTINA.—No te apures. Si te quiere de veras, volverá.

MARIA TERESA.—No, Valentina. Tiene el orgullo indomable de su condición de hombre. Y si no vuelve (*Con rubor*), ¿qué va a ser de mí?

VALENTINA.—¿De ti?... ¿Es que tú necesitas de ningún hombre para ganarte la vida?

MARIA TERESA.—¡Valentina! (*Sollozando.*)

VALENTINA.—¿Y paro eso has estudiado tanto?

MARIA TERESA.—Me sentía cansada de los libros, de los estudios, tenía sed de cariño, de amor... No se puede prescindir siempre de nuestra condición de mujer.

VALENTINA.—Admitido. Pero..., bueno, sin llorar. La mujer desempeña un nuevo papel en la sociedad, y sus errores no son juzgados de la misma manera de antes, porque ellas son distintas a como eran. Los hombres son los que no cambian. Vengan los hechos.

MARIA TERESA.—Ya sabes que algunas tardes, Fernando y yo íbamos a pasear al campo.

VALENTINA.—Romance un poco anticuado; poesía bucólica mandada retirar.

MARIA TERESA.—Sus palabras eran muy apasionadas.

VALENTINA.—Premeditación.

MARIA TERESA.—Una vez entramos a merendar en un restaurant de las afueras...

VALENTINA.—Despoblado.

MARIA TERESA.—Era la primera vez que me encontraba a solas con él, en una habitación, lejos de la ciudad y de mi casa. Se hizo de noche.

VALENTINA.—Nocturnidad.

MARIA TERESA.—Nos sirvió unas fruslerías un camarero.

VALENTINA.—Un cómplice.

MARIA TERESA.—Fernando seguía hablándome. Sus palabras eran más bellas, más apasionadas que nunca.

VALENTINA.—¡El veneno!

MARIA TERESA.—Llegaba a nuestro reservado...

VALENTINA.—Ya sé. Lo he leído en muchas novelas cortas: la música arrulladora de un organillo.

MARIA TERESA.—No. De un jazz-band.

VALENTINA.—Antes el vals nos embriagaba; ahora el jazz-band

nos aturde. Te aturdiste, perdiste la cabeza... No sigas; no necesito saber más. Ya está dictada la sentencia. Ha sido condenado él.

MARIA TERESA.—Yo creía soñar. Jamás me pareció Fernando tan bueno. Por primera vez me sentí mujer.

VALENTINA.—Es decir, tonta.

MARIA TERESA.—Le creí bueno, más bueno que nunca.

VALENTINA.—Cuando se conducía como un miserable. ¡Y habla de su dignidad de hombre! ¿Acaso está la dignidad del hombre en que la mujer sea su eterna esclava? Eso se acabó; se acabó, porque por encima de lo que llaman la justicia de los hombres, está la justicia de las mujeres.

MARIA TERESA.—¿Tú me comprendes, Valentina? Eres mujer...

VALENTINA.—Soy jurisconsulto, y como tal, enjuicio.

MARIA TERESA.—¿Me perdonas?

VALENTINA.—Siempre. Hermana y compañera, afrontaremos juntas la situación. Soy tu hermana mayor; en este caso tu madre y tu abogado. Nada de lágrimas, nada de sollozos ni de lamentaciones. Por el camino de la lástima nunca se ha llegado a ninguna parte. ¡Animo! La frente alta, la mirada altiva. Estás absuelta. El condenado es él. ¡Y qué condenado!

## ESCENA XI

*DICHOS, GONZALEZ, CACHITO, BASILISA y MISS TARTARA SPRING. Luego, AURORA, DOCTORAS 1.ª, 2.ª y 3.ª, ALFREDO, el REPORTER y el FOTOGRAFO.*

(*González, por el foro, con dos maletas; Cachito le sigue con una gran sombrerera, un lío de mantas, paraguas y sombrillas y un saco de viaje sobre el hombro.*)

GONZALEZ.—¡Ya está aquí! ¡Ya está aquí!

VALENTINA.—¿Eh?

GONZALEZ.—La presidenta de la Defensa de la Liga.

VALENTINA.—¿Qué dices?

CACHITO.—La inglesa. La hemos encontrado en el portal. Acaba de descender del coche.

MARIA TERESA.—¿Miss Tártara?

VALENTINA.—¡Ella! ¡Qué emoción! ¿Y cómo ha llegado?

CACHITO.—Llena de bultos.

GONZALEZ.—¿Dónde está Basilisa?

CACHITO.—¡Que baje en seguida a recoger más maletas!

MARIA TERESA.—¡Basilisa! ¡Basilisa!

(*Sale Basilisa y la empujan hacia la puerta del foro. Entran dos mozos cargados de maletas y sombrereras, que dejan amontonadas.*)

VALENTINA.—¡María Teresa, preparémonos a recibir a esta gran figura del feminismo británico!

(*Entra Basilisa cargada de cosas, que deja también amontonadas. En la puerta del foro aparece Miss Tártara Spring. Es una inglesa joven y con decidido aspecto feminista. Lleva su correspondiente kodak y gemelos colgados. Un libro debajo del brazo y debajo del otro brazo un perrito pequinés.*)

MISS TARTARA.—El Reino Unido de la Gran Bretaña saluda a la noble España en la familia de González.

(*Todos quedan confundidos y se miran desconcertados.*)

GONZALEZ.—Resulta que al que viene a ver es a mí.

VALENTINA.—Saludo a miss Tártara Spring, profesora de la Universidad de Oxford.

MISS TARTARA.—¡Oh, yes!... Saludo a la señora Valentina Ladrón de Guevara, abogado.

VALENTINA.—Servidora de usted. (*Se estrechan la mano.*)

MARIA TERESA.—Pero, siéntese usted.

VALENTINA.—Sí, descanse usted.

(*González se precipita a llevarle una silla; Cachito lleva otra.*)

CACHITO.—Esta para el perrito.

MISS TARTARA.—Una profesora de Física no se cansa nunca. (*Lo mira todo con los impertinentes calados, solemnemente. Los demás siguen su mirada.*) Todo muy español, muy español... Los claveles, los cuadros, el ambiente... (*Mira con curiosidad a González.*)

VALENTINA.—(*Presentándole.*) Mi esposo.

MISS TARTARA.—Muy español.

GONZALEZ.—De Cuenca.

VALENTINA.—Mi hermasa María Teresa, doctora en Derecho.

MISS TARTARA.—¡Oooh!... Genuino e interesante tipo de española: ojos pasionales, aspecto místico... (*Mirando interesada a Cachito.*) ¿Y este *boy?*

CACHITO.—(*Adelantándose.*) ¡Voy!

VALENTINA.—Un amigo de casa.

MISS TARTARA.—(*Mirándole gravemente.*) Perfecto tipo de español... Muy Merimée... Muy Merimée.

GONZALEZ.—(*A Cachito.*) Me parece que te ha llamado memo.

MISS TARTARA.—Ante todo, debo decirles que su hermana Car-

men, ¡nombre muy español!, está perfectamente y encantada con mi familia. En mi casa, todo muy inglés, y aquí, todo muy español.

GONZALEZ.—Sí, es lo que suele ocurrir.

VALENTINA.—Tomará usted alguna cosita, un bocadillo, unos pasteles...

GONZALEZ.—Unas patatas a la inglesa.

MISS TARTARA.—¡Oh, nada de eso! Sólo tomo verduras y frutas. Soy vegetariana. (*Por el perrito.*) Y este también.

GONZALEZ.—(*Aparte.*) ¡Pues nos ha buscado la ruina!

MISS TARTARA.—(*Asomándose un instante al balcón.*) ¡Oh, una calle muy típica! ¿Cuál es su nombre?

GONZALEZ.—Calle de la Ternera.

MISS TARTARA.—¡Muy propio, muy propio! (*A Cachito.*) ¿Usted torea?

CACHITO.—No encuentro quien me contrate.

VALENTINA.—(*Ofreciendo un cigarrillo a la Miss.*) ¿Un turquis?

MISS TARTARA.—Thank you very much! (*Lo enciende.*)

CACHITO.—(*A González.*) ¿Qué ha dicho?

GONZALEZ.—Que va a haber un match.

(*Valentina y María Teresa encienden también un cigarrillo y conversan entre ellas.*)

CACHITO.—¿Y nosotros? (*Indicando que no les han ofrecido un cigarrillo.*)

GONZALEZ.—Se habrán acabado los turquís.

CACHITO.—Pues venga uno de cincuenta.

GONZALEZ.—¡Quieres callarte! ¿No ves que delante de señoras no se fuma?

(*Por el foro entra Basilisa.*)

MISS TARTARA.—Todo muy español. (*Fijándose en Basilisa, que la mira muy embobada.*) Hasta la sirvienta... (*Mirándola con los impertinentes.*) Muy interesante... Carmen, la cigarrera. ¿Hace pitillos?

GONZALEZ.—No; pero va por las cajetillas.

BASILISA.—Señorita: unas señoras que dicen que vienen a saludar aquí a la misa.

VALENTINA.—¡Que pasen, que pasen en seguida! (*Sale Basilisa.*) Un grupo de doctoras españolas y de defensoras de la causa feminista vienen a saludarla, miss.

MISS TARTARA.—Oh, thank you very much!

CACHITO.—Ahora es cuando se va a celebrar el match.

(*Entran, en grupo, Aurora y las Doctoras, el Repórter y el Fotógrafo.*)

VALENTINA.—(*Presentándola*) Miss Tártara Spring, profesora
e la Universidad de Oxford.

(*Todas estrechan la mano de Miss Tártara.*)

REPORTER.—(*A Miss Tártara.*) ¿Tendrá usted la bondad de
osar para mi periódico? Deseamos obtener una fotografía de...

MISS TARTARA.—¿Qué periódico representa usted? ¿"El Times"?

REPORTER.—"El Eco".

MISS TARTARA.—Nunca lo he oído.

REPORTER.—Preparemos el grupo. (*Los va colocando.*)

MISS TARTARA.—(*Colocando el perrito en brazos de Cachito.*)
Quiere usted tenerme a "King"?

CACHITO.—¿Muerde?

REPORTER.—Todos han de rodear a miss Spring.

GONZALEZ.—Todos. Anda, Cachito. (*Van a colocarse en el grupo.*)

REPORTER.—No, ustedes no. Estropean el grupo. Sólo ellas.

GONZALEZ.—Dos que sobran.

CACHITO.—¡Siempre ellas!

(*Mientras se agrupan para la fotografía, el Repórter habla
on Valentina y se dispone a tomar notas.*)

REPORTER.—¿Quiere usted decirme qué clase de derechos son
os que defiende esta doctora?

VALENTINA.—La igualdad de derechos entre el hombre y la
nujer.

REPORTER.—Muy interesante. A iguales derechos, iguales de-
eres. (*Irónico.*) Es decir, que si llegara la ocasión, las mujeres
ambién serían soldados de filas para defender a tiros la Patria.

VALENTINA.—Las mujeres somos soldados, en efecto, pero lo
omos para la defensa de la paz. (*Se coloca al lado de María
Teresa.*) Tú aquí, a mi lado. ¡Pobre hermana mía!... ¡Seca esas
ágrimas! Ahora, mucha serenidad.

REPORTER.—¿Estamos?

FOTOGRAFO.—Quietas un momento. Miren ustedes a estos se-
ñores... Así.

ALFREDO.—(*En el foro, entusiasmado.*) ¡Qué cuadro tan en-
cantador! ¡Todas doctoras!

MISS TARTARA.—Un momento. Tengo que hablar. (*Solemne.*)
Yo os transmito el saludo de las doctoras de la Universidad
de Oxford, las cuales contemplan llenas de satisfacción el viril
avance de las mujeres españolas, que saben mantener sus dere-
chos y han logrado que los hombres las respeten.

ALFREDO.—¡Bravo! ¡Sublime!

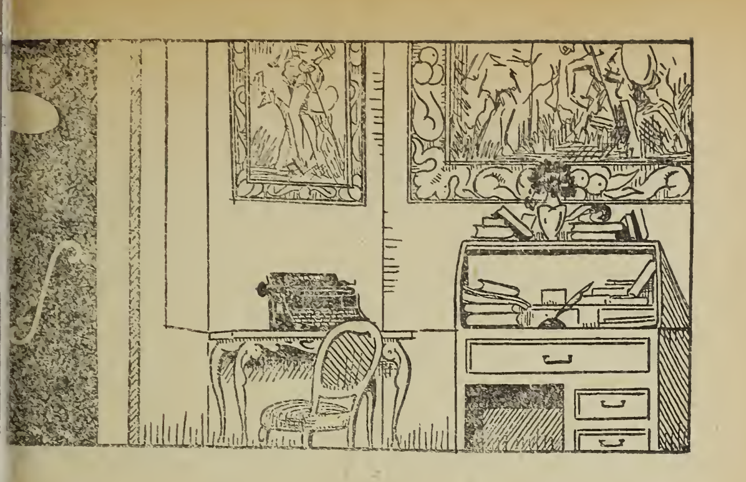
FOTOGRAFO.—¡Es el momento! ¡Quietas! (*Hace la fotografía.*)

Reporter.—(*Escribiendo en su carnet.*) El pie de la fotografía es este: "La presidenta de la Liga de los Derechos de l Mujer rodeada de las doctoras españolas."

Valentina.—(*Mirando compadecida a María Teresa.*) ¡Pobre doctoras, que nada saben de la ciencia de la vida!

TELON





# ACTO SEGUNDO

a misma decoración del acto primero. Al lado del "bureau", una máuina de escribir con su correspondiente mesa. Sobre el "bureau", un birrete. Es por la tarde:

## ESCENA PRIMERA

*GONZALEZ y BASILISA. Luego VALENTINA*

*(Basilisa se ha transformado. Ya no es la criada pueblerina, ino la criada madrileña, uniformada. González lee un folletín. asilisa limpia el polvo con un plumero.)*

GONZALEZ.—*(Suspendiendo la lectura.)* Estoy viendo que esta ıona, que por las monadas que hace parece enamorada de Tarin, resulta una doctora en Ciencias Exactas. *(A Basilisa.)* ¡Eh, ıidadito con el birrete! No lo sacudas con esa violencia.

BASILISA.—¿Va a ponerse el señorito el gorro?

GONZALEZ.—¿Yo? ¿No sabes que es de la señorita?

BASILISA.—*(Aparte.)* ¡Qué raritos son en esta casa! Los gorros an sido siempre para los señores.

GONZALEZ.—*(Aparte.)* ¡Lástima de muchacha! El ambiente cienífico empieza a transformarla: las curvas se hacen rectas, los

círculos se convierten en ángulos... La ciencia es fatal para la mujeres.

VALENTINA.—(*Por el foro. Viene de la calle.*) Trata bien lo libros, Basilisa. Ayer le arrancaste el índice al "Canónico".

BASILISA.—¿Que yo le arranqué el índice al "canónigo"?

GONZALEZ.—¡Anticlerical!

VALENTINA.—No digas desatinos. (*Da el sombrero a Basilisa.*) Llévate esto.

(*Mutis Basilisa por una lateral.*)

## ESCENA II

*VALENTINA y GONZALEZ. En seguida CACHITO. Al final MISS TARTARA*

VALENTINA.—Estoy abrumada de trabajo, González. Por si fueran pocos mis asuntos civiles, ahora he tomado a mi carg todos los criminales de María Tèresa.

GONZALEZ.—¿Todos los criminales? ¿También a Fernando?

VALENTINA.—No me hables de Fernando. Ese no tiene defens posible.

CACHITO.—(*Entra, por el foro, preocupado, y avanza hasta l batería.*) ¡Habían tomado a otra!

GONZALEZ.—Pero, ¿qué te pasa, hombre?

CACHITO.—¡Que también han tomado a otra! Ustedes perdonen. No había reparado.

VALENTINA.—Me alegro que vengas. Tenemos que hablar.

CACHITO.—¿Alguna colocación?

VALENTINA.—No, no es precisamente una colocación. (*Llamando.*) ¡Basilisa!

BASILISA.—(*En el foro.*) ¿Llamaba la señorita?

VALENTINA.—Tráeme una carta que hay en mi tocador. (*Basilisa sale y trae inmediatamente la carta, que entrega a Valentina, volviendo a salir.*)

CACHITO.—(*A González, y señalando a Basilisa.*) ¡Una mujer

GONZALEZ.—(*A Cachito.*) Sí; pero ya no es una mujer de cuerpo entero.

GONZALEZ.—Mucho valor.

VALENTINA.—Cachito, valor.

CACHITO.—Pero ¿qué pasa? Me ponen ustedes en cuidado. Menos mal que una cesantia no puedo esperar.

VALENTINA.—La vida tiene sus imposiciones.

GONZALEZ.—Y las mujeres, aunque sean doctoras, sus caprichos.
VALENTINA.—Esta carta nos ha revelado toda la verdad. No ebemos ocultártela.
CACHITO.—¿De qué se trata? ¿Le ocurre algo a Carmen?
GONZALEZ.—Le ocurre lo más grave que puede ocurrirle.
CACHITO.—(*Alarmadísimo.*) ¿Se ha muerto?
GONZALEZ.—Muchísimo peor.
VALENTINA.—¡Se ha casado!
CACHITO.—¡Qué atrocidad!
GONZALEZ.—¡Enorme!
VALENTINA.—No hay necesidad de leerte la carta, Cachito. ¿Pa- ı qué atormentarte con detalles? El hecho es que se ha ca- ıdo.
CACHITO.—Así ¿que ya no me queda ninguna esperanza?
GONZALEZ.—Que se divorcie. Inglaterra es un país muy ade- ıntado, y con la misma facilidad que se casan, se descasan.
CACHITO.—Bien; pero díganme qué razones alega Carmen para ejarme así, abandonado. Ella, que parecía una mujer formal, a con la carrera terminada, engañarme como me ha engañado. ecesito saber más.
GONZALEZ.—¿Más todavía?
VALENTINA.—La historia es breve. Carmen llegó a Londres y l ambiente londinense se apoderó en el acto de ella.
CACHITO.—El ambiente y un míster.
VALENTINA.—En medio de la bruma descubrió el camino de su elicidad. Empezó tomando té, cosa que aquí hacía sólo cuando ı dolía el estómago; a poco jugaba al tennis, cantaba el "Dios alve al rey", remaba en el Támesis, montaba a caballo, conducía utomóviles, pronunciaba discursos sufragistas en Hyde Park...
CACHITO.—Y atravesaba a nado el canal de la Mancha...
VALENTINA.—No, señor. Iba todas las tardes al cine con míster ames Spring, el hermano de miss Tártara, nuestra ilustre hués- eda y ya nuestra cuñada.
CACHITO.—¡Oh, el cine! Igualmente funesto en todos los países.
VALENTINA.—Una mañana, mientras Carmen y míster Spring aban lección de boxeo, él, después de un directo, le dije que ı amaba; ella se declaró vencida por puntos...
CACHITO.—Y a mí me han dejado k. o.
VALENTINA.—Por la tarde ya estaban casados. Los ingleses no ierden el tiempo.
CACHITO.—Ni las españolas cuando se trata de casarse.
GONZALEZ.—En Inglaterra no se conocen esos noviazgos de diez, e quince, de veinte años. A veces de toda la vida.

CACHITO.—¡Todo perdido!

VALENTINA.—Animo, Cachito; eres joven.

GONZALEZ.—Y no mal parecido.

VALENTINA.—Encontrarás otra mujer. Todavía puedes colocarte en buenas condiciones.

CACHITO.—¡Qué he de poder colocarme yo, doña Valentina ¡Para que se fíe uno de las licenciadas!... ¡Y luego hablan d los licenciosos! Y ahora, adiós, doña Valentina; adiós, González. Nada justifica ya mi permanencia en esta casa.

VALENTINA.—No, eso no; Cachito. Tú eres nuestro amigo.

GONZALEZ.—Nuestro amigo del alma.

CACHITO.—Pero ¿qué puede justificar el que yo siga frecuentando esta casa? Carmen, mi Carmen..., ¡ha tomado a otro *(Se dirige hacia el foro, en cuya puerta aparece Miss Tártara que viene de la calle. Se da aire con un pericón que tiene u paisaje de corrida de toros.)*

MISS TARTARA.—¡Alto!... ¿Dónde va usted?

CACHITO.—¡Miss Tártara!

VALENTINA.—¿Cómo no habrán matado a esta mujer en l calle?... Nos quiere dejar; marcharse para siempre.

MISS TARTARA.—¡Oh, no puede ser! Ahora que todos somo parientes... Mi hermana..., mi hermano... y usted...

CACHITO.—El primo.

MISS TARTARA.—*(Mirándole.)* ¡Muy español!

VALENTINA.—Convénzalo usted para que no se vaya.

MISS TARTARA.—Descuide; a éste, lo enchiquero.

VALENTINA.—González, a trabajar. Tengo que dictarte un informe.

GONZALEZ.—Todo sea por la diosa Thémis.

VALENTINA.—*(Haciendo mutis por un lateral, seguida de González y recordando un informe.)* "A la Sala: El amor es alg abstruso, que escapa a los rigores del Código. Monstruo que realiza los mayores crímenes, se ríe, en la impunidad, de la Justicia humana..." Anda, González. *(Salen los dos.)*

## ESCENA III

*MISS TARTARA y CACHITO*

*(Miss Tártara se ha sentado, ha cruzado las piernas y ha encendido un cigarrillo, que toma de una petaca con escenas taurinas en colores. Cachito, de pie en el otro extremo de la escena da vueltas al sombrero entre las manos, en actitud pensativa.*

MISS TARTARA.—(*Hablando consigo misma.*) ¡Oh, España! Esta mañana, tan española, me ha llenado el alma de luz. Yo estoy muy contenta. Más alegre que nunca. La luz que se ha metido en mi alma, se me escapa en la risa. Yo parezco borracha. Pero estoy bien segura de que no he bebido whisky. ¡Oh, yo estoy borracha de sol! (*Mira a Cachito y viendo que éste no la hace caso, saca del bolso un pañolito rojo para llamarle la atención; Cachito no hace el menor caso.*) "Absent mind". En Suecia dirían: se hace el "sueco". Aquí dicen: se hace el "longui". (*Saca del bolso un pito matasuegras y pita repetidamente; a cada pitido, Cachito da un respingo. Después saca unas castañuelas, se las coloca y avanza hacia Cachito, tocándolas torpemente.*) ¡Yo estoy muy alegre!

CACHITO.—¡Y yo muy triste! (*Suspira.*)

MISS TARTARA.—Se me ha metido en el alma el sol de España.

CACHITO.—Sobre la mía han caído todas las brumas de Londres.

MISS TARTARA.—¿En qué piensa usted?

CACHITO.—En Carmen.

MISS TARTARA.—¡Oh, Carmen! ¡Muy español! ¡Muy Merimée! Yo quisiera llamarme Carmen. (*Con desconsuelo.*) Pero me llamo Tártara.

CACHITO.—A mí me gusta.

MISS TARTARA.—A mi, no. ¿Usted se llama don José?

CACHITO.—Ni don José ni don Nicanor.

MISS TARTARA.—¡Oh, entonces Escamillo!

CACHITO.—¿Escamillo? Tampoco. Pero su hermanito de usted me tenía muy escamado. Y, en efecto...

MISS TARTARA.—Mister Spring es un buen chico. Muy aficionado al fútbol.

CACHITO.—A mí me ha tomado por el balón y me ha dejado "off side"

MISS TARTARA.—No se preocupe, que él tendrá su "penalty". (*Insinuante.*) Yo, en cambio, me hago con el balón, "chuto" y "goal".

CACHITO.—¡Aquí quisiera yo ver a Zamora!

MISS TARTARA.—Lo de míster Spring, mi simpático hermano, no tiene importancia.

CACHITO.—Para usted, no.

MISS TARTARA.—Para mí, mucha más de la que usted supone. Tenía que ocurrir; él es muy aficionado a todo lo español. (*Mirándole con intención amorosa.*) Como yo.

CACHITO.—(*Desconcertado.*) ¿Como usted? Bueno; lo de su

hermanito de usted tiene explicación; ¡pero ella!... ¿Es que ella era aficionada a todo lo inglés?

Miss Tartara.—Como usted.

Cachito.—¿Como yo?

Miss Tartara.—¡Oh, yes! Mi hermano se enamoró de Carmen porque tiene mucho de Merimée.

Cachito.—(*Aparte.*) Esta familia la ha tomado con Merimée.

Miss Tartara.—A Carmen la ilusionó un "gentleman"; a mí me ilusiona un hombre...—¿cómo se dice?—, un hombre fetén.

Cachito.—Bueno, a esta la hacen doctora "honoris causa" de la Escuela de Artes y Oficios de la Latina.

Miss Tartara.—¿A usted no le gustan las inglesas?

Cachito.—Las inglesas, sí. Los ingleses son los que no me hacen mucha gracia.

Miss Tartara.—(*Sentándose al lado de Cachito y hablándole insinuante.*) Pues si a usted le gustan las inglesas, yo tener que hablar con usted seriamente. Desde que le vi, yo estar interesada por usted.

Cachito.—¡Mi madre! ¿Por qué me habrá hecho Dios tan Merimée?

Miss Tartara.—La mujer de nuestro tiempo es libre para elegir su vida, para vivirla, para el ejercicio de su profesión. ¿Cómo no ha de serlo para expresar sus sentimientos? Sepa usted que tengo mi posición hecha. Soy catedrático de Física y Química. Mil libras.

Cachito.—(*Aparte.*) Parece tan poquita cosa; pero, ¡ya tiene libras!

Miss Tartara.—... Y una casa confortable en Londres.

Cachito.—Me parece que ahora es cuando me coloco. ¡Y que va a ser en una casa inglesa!

Miss Tartara.—Después de estos antecedentes, sólo he de decir una cosa, la sinceridad en los labios, el corazón en la palabra. (*Le coge una mano, se aproxima más a él y le habla con voz suspirante.*) "I love you!"

Cachito.—¿Cómo?

Miss Tartara.—"I love you" Cuando de verdad se siente el amor, sólo podemos expresarlo en el idioma nativo.

Cachito.—Así que usted me ha dicho...

Miss Tartara.—¡Te amo!

Cachito.—¿Te amo? Pues en español neto la digo yo que por usted estoy hecho migas.

Miss Tartara.—¡Bravo! (*Un poco ruborosa.*) ¡Oh, qué pensarás de mí? En España no hay costumbre de que la mujer...

CACHITO.—También, también se anticipan a veces.
MISS TARTARA.—Yo hice mal. Tú no has olvidado a Carmen.
CACHITO.—¿Quieres callar? ¡Aquí la única mujer verdaderamente Merimée eres tú!
(*Todo el final muy animado.*)
MISS TARTARA.—¡Viva España!
CACHITO.—¡Viva la Gran Bretaña!
MISS TARTARA.—Y ahora, ¡a los toros!... ¡Hoy es un día muy español!
CACHITO.—(*Aparte.*) Ya se contentará con ver la salida.
MISS TARTARA.—¡A los toros! Yo convido.
CACHITO.—¡Viva el rumbo! (*Salen tarareando la marcha de "Carmen".*)

## ESCENA IV

*VALENTINA y GONZALEZ, por la derecha.*

VALENTINA.—¡Qué escándalo! ¿Cómo? ¡Cachito y Tártara! Pero. ¿qué salsa es esta, González?
GONZALEZ.—Nada, que se habrá colocado.
VALENTINA.—Para ellos es la vida. Nosotros, a trabajar. Estoy de lo criminal hasta el ondulado del pelo.
GONZALEZ.—(*Disponiéndose a escribir a máquina.*) Vamos con las conclusiones... Bueno, estas son unas conclusiones que no se concluyen nunca.
VALENTINA.—Voy a dictarte el informe.
GONZALEZ.—Lo dicho: no concluyen.
VALENTINA.—Escribe. (*Dictando mientras pasea, con las manos a la espalda.*) "Mi defendido, señor fiscal, es un chófer que, por vivir en la época del vértigo, sostiene la teoría de la velocidad atropellante...
GONZALEZ.—(*Tecleando atropelladamente.*) Vértigo..., velocidad...
VALENTINA.—De prisa, que se me van las ideas.
GONZALEZ.—... atropellante...
VALENTINA.—Pero, prescindiendo de teorías ultramodernas, yo pregunto: Si el atropellado tiene una estatura de un metro noventa y cinco. y el auto atropellador es de los llamados vulgarmente arrastra...
GONZALEZ.—No lo digas, porque el presidente te toca la campanilla.

VALENTINA.—El presidente no me toca nada, porque yo sé decir las cosas con delicadeza. (*Dictando.*) Es de los llamados vulgarmente arrastrafondillos. ¿quién atropelló a quién? ¿El Citroen minúsculo al peatón gigantesco? ¿El peatón imponente al insignificante cacharrillo mecánico?

GONZALEZ.—El peatón. No hay duda.

VALENTINA.—Bien, González. Creo que mi argumento es rotundo.

GONZALEZ.—Aplastante.

VALENTINA.—El peatón que atropella al auto. Para sentar jurisprudencia.

## ESCENA V

*DICHOS. AURORA y ALFREDO, por el foro.*

AURORA.—¿Interrumpimos?

ALFREDO.—¿Estorbamos?

GONZALEZ.—El amor con tiralíneas y termómetro.

AURORA.—Venimos a daros una noticia estupenda: nos casamos.

GONZALEZ.—Pronóstico gravísimo.

VALENTINA.—¡Cuánto me alegro!

ALFREDO.—Sí, nos casamos. Aurora lo ha decidido así.

GONZALEZ.—Lo ha amnestesiado... Una vez más, amigo mío, ha triunfado la vida sobre la ciencia.

ALFREDO.—No, señor. Hemos compaginado la ciencia y la vida. Yo he hecho mis cálculos y me he convencido de que este amor tiene sólidos cimientos.

AURORA.—(*A Valentina.*) Sí, hija, sí; le he pulsado y estoy segura de mi felicidad.

VALENTINA.—¿Y cuándo es la boda?

AURORA.—Pronto. En cuanto yo acabe de instalar mi clínica.

ALFREDO.—En el momento en que yo tenga instalado mi laboratorio.

AURORA.—(*A Valentina.*) Es un ingeniero formidable. Cuando le veo trazando líneas en sus planos, pienso que es el hombre capaz de reconstruir el mundo.

ALFREDO.—(*A González.*) Es una médica asombrosa. Cuando la veo con su blusón, pasando la consulta, la juzgo con poder suficiente para hacer una humanidad mejor.

GONZALEZ.—Amigo mío, le veo a usted haciendo números.

Alfredo.—Es mi oficio. Yo haciendo números y ella visitan-
o enfermos.

Valentina.—¡Admirable amor este amor de una mujer y un ombre de ciencia! Muy siglo xx. Lo malo será cuando vengan os hijos.

Alfredo.—¿Los hijos? No entra en mis cálculos...

Gonzalez.—Pues es una multiplicación.

Aurora.—¡Hubieran estado graciosos los amantes de Teruel on dos o tres pequeñuelos!

Gonzalez.—Tan graciosos como Romeo haciendo ferroprusiatos Julieta aplicando sanguijuelas.

Valentina.—Ya nos dirás la fecha de la boda.

Aurora.—No faltaba más.

Valentina.—Sí, mujer, para hacerte un regalito. He visto unos isturíes preciosos.

Aurora.—Dale la noticia a María Teresa. Hace mucho tiempo ue no la veo. Oye, ¿es cierto que ha terminado con Fernando?

Valentina.—No hablemos de eso... Fernando... No quiero ha-
lar de este mal pleito.

Alfredo.—Tenía que ocurrir. Fernando no es un hombre de uestro tiempo.

Gonzalez.—Es un retrasado.

Aurora.—¿Cómo? ¿Un retrasado mental?

Alfredo.—Un retrasado social. Vive en los comienzos del si-
lo xix, y, es claro, sus ideas no tienen ambiente.

Aurora.—No se le alcanza que hay en la ciencia hallazgos po-
ibles a la poetización.

Alfredo.—Ignora el encanto de racionalizar la poesía, ya que poesía puede tener mucho de humana.

Valentina.—Pues yo le haré saber que vivimos en el siglo xx. e he llamado y le espero.

Aurora.—¿Crees que vendrá?

Valentina.—Si no viene, le buscaré. De mí no se burla. Yo o soy una mujer a la que se puede confundir con un hombre ualquiera.

Gonzalez.—Doy fe.

Aurora.—¡Bien dicho!

Alfredo.—Aurorita, se me hace tarde.

Aurora.—Y a mí. Tú ¿adónde vas.

Alfredo.—A Fomento. ¿Y tú?

Aurora.—A San Carlos.

Alfredo.—Entonces salimos juntos y te dejo en la Facultad.
(*Se despiden y salen por el foro.*)

## ESCENA VI

### *VALENTINA y GONZALEZ*

GONZALEZ.—¿Así, que esperas a Fernando? El caso es grave.

VALENTINA.—Gravísimo. Para una familia vulgar constituiría la única preocupación. Para mí es una preocupación más.

GONZALEZ.—Sin embargo, se trata del honor de tu hermana, del tuyo, del nuestro.

VALENTINA.—Pero para una mujer de ciencia la familia no lo es todo; se debe a la humanidad. Ahora mismo he de defender la vida de un hombre que confía en mi sabiduría y en mi esfuerzo.

GONZALEZ.—¿La de ese monstruo que mató a su mujer dándola treinta y cinco puñaladas y a su suegra machacándole la cabeza con un adoquín?

VALENTINA.—Hay muchas maneras de matar a una mujer, y algunas escapan al Código, Para este terrible criminal que yo defiendo pide el fiscal una sanción proporcionada a sus delitos; para el hombre que ha dejado caer la pesadumbre sobre este hogar, yo, acusador, no encuentro medio en Derecho de pedir el castigo que merece... Pero dejemos esto; he de preparar la defensa de ese desventurado, que no tiene más amparo que el mío. ¡Si lograse yo conmover a los jueces!... Dos penas de muerte pide el fiscal para mi patrocinado.

GONZALEZ.—Pues si consigues que lo dejen en una, ya puede estarte agradecido.

VALENTINA.—Vete, González; ya sabes que lo criminal no lo domino, y me conviene ensayar. No es que se trate de una farsa, pero en la vida hasta lo más fundamental tiene algo de comedia y requiere ensayo.

GONZALEZ.—¿Quieres la toga? (*Ofreciéndosela.*)

VALENTINA.—Sí. Conviene que el ensayo sea con todo. (*Se la pone.*)

GONZALEZ.—El birrete... El vaso de agua... (*Lo pone en la mesita.*)

VALENTINA.—¡Despejen! (*Indicándole la puerta.*)

GONZALEZ.—(*Mirándola embelesado mientras hace mutis.*) ¡Qué guapa está!... ¡Cuánto debe envidiarla Ossorio y Gallardo! (*Mutis.*)

## ESCENA VII

*VALENTINA, sola; GONZALEZ, un momento; al final, FERNANDO*

VALENTINA.—(*Saludando al público con el birrete.*) Con la venia de la Sala. (*Transición.*) Bueno... Ahí está el Tribunal (*A la izquierda*); el representante de la Ley; el relator... (*Señalando al público de la sala.*) Aquí el público... (*Indicando a un acomodador que estará en el pasillo central de butacas.*) Y allí el ujier. (*Como es de esperar, el público mira al acomodador y comenta. Valentina hace sonar el cristal del vaso de agua como si fuera una campanilla y grita, imitando la voz de un viejo presidente de Sala.*) ¡Orden! ¡Orden! (*Saludando otra vez al público con el birrete.*) Con la venia de la Sala. (*Transición.*) Bueno, antes de empezar mi informe hemos tenido la prueba testifical, la pericial... Por supuesto, los médicos han hablado de Freud, de la psicoanálisis, del problema sensual, de la eugenesia y de la eutanasia... Continúo... El relator ha rezado, quiero decir que ha leído el sumario. Huuuu... (*Imitando.*) El hecho de autos mantiene despierto el interés del público y despiertos también a los magistrados. Ha llegado mi momento... Ahí está el procesado: ojos de hiena, nariz de bulldog, orejas de lobo, dientes de caimán... Vamos, como para encontrárselo a media noche en el camino de Maudes Dirige una mirada de *amigo* al fiscal y otra, muy insinuante, a mí, como diciéndome: "¡A ver qué haces, gitana!" (*Bebe un sorbo de agua y tose.*) Con la venia de la Sala... (*Tono oratorio.*) ¿De qué se acusa a mi patrocinado? Del asesinato de dos mujeres. Treinta y cinco puñaladas a una; treinta y cinco golpes de adoquín a la otra. Pero pregunto yo: De los hechos, que no niego, ¿se deduce que mi defendido tuviera intención de causar un daño tan grave? (*Transición.*) La pregunta deja perplejo al fiscal y suspensos a los inteligentes magistrados. El criminal no puede contenerse y grita: "¡Anda con ellos, negra!" Y el público, siempre comprensivo, rompe en un aplauso. (*Al público.*) Pero, ¿qué pasa? No oigo nada... Hemos quedado en que se trata de un ensayo con todo... Bien... Prosigo... (*Tose, limpia los cristales de las gafas y continúa el discurso con voz muy apianada, de falsete.*) Reparad en mi patrocinado: se trata de un anormal. Lo dice el hecho de autos,

lo dice su mirada, lo dice su actitud, lo dice todo, aunque no diga nada... No lo dudéis... (*Apenas se la oye.*) Estáis ant un idiota..., un idiota...

VOZ EN EL PUBLICO.—¡Más fuerte!

VALENTINA.—(*A gritos.*) ¡Un idiota, señor acusador!... No, n me toque la campanilla el señor presidente. Vedle, fijaos en él. (*Como si se dirigiese al procesado, señalando precisamente a l puerta del lateral en la que aparece González, temeroso de in terrumpirla.*) ¡Frente abombada, mandíbula darwiniana, mirad inexpresiva, dedos amorcillados!

GONZALEZ.—¡Me está poniendo nuevo!

VALENTINA.—¿He dicho un idiota?

GONZALEZ.—Me parece que sí.

VALENTINA.—Un imbécil, un cretino, un pingajo social, al qu no condenaréis, porque la Justicia tiene más altos fines que cum plir; porque la Justicia es pura y sus funciones sublimes... (*Abr el bolso que hay sobre la mesa, se mira al espejito y se pint los labios.*)

GONZALEZ.—Aprovecho que el señor letrado se está dando cho rizo para decirle que la criada ha salido y que el estofado s quema.

VALENTINA.—Dale una vuelta. (*Se va González. Valentina con tinúa el discurso.*) Tened piedad, señores magistrados, de ese po bre huérfano, que ha perdido a sus más entrañables seres, qu está solo en el mundo, sin el amparo de nadie...

## ESCENA VIII

### *VALENTINA y FERNANDO*

FERNANDO.—(*En la puerta del foro.*) ¿Se puede?

VALENTINA.—Entre el procesado.

FERNANDO.—Perdone usted, doña Valentina. Si no se despoj usted del birrete y de la toga no entro.

VALENTINA.—Puede usted pasar. (*Se quita el birrete y la toga.*) Para juzgarle a usted son inútiles estos atributos. No se trat de interpretar leyes escritas. Son las conciencias las que han d dictar el fallo.

FERNANDO.—La mía de nada me acusa.

VALENTINA.—Pero la mía sí le acusa a usted.

FERNANDO.—¿De qué?

VALENTINA.—María Teresa...

FERNANDO.—¿Va usted a reprocharme?...

VALENTINA.—No. Ya sé que en estas faltas que cometen un ombre y una mujer sólo hay para la sociedad una culpable: ι mujer. Y sé también que ninguna penalidad fija el Código ara el hombre. Es natural. Como que son los hombres quienes acen las leyes.

FERNANDO.—Si las dictasen las mujeres...

VALENTINA.—Serían más humanas.

FERNANDO.—Para las mujeres.

VALENTINA.—Para todos. ¡Que por algo siente la mujer en sus ıtrañas latidos de humanidad!

FERNANDO.—¿Es para darme un curso de feminismo para lo ue me ha llamado usted?

VALENTINA.—Es para exigirle..., no; para pedirle a usted que : case con María Teresa.

FERNANDO.—Nunca me he negado a ello, porque—usted lo sa-ɜ—amo a María Teresa tanto como detesto a la mujer letrada. sto lo rechaza mi carácter y mis ideas. Será muy moderno, ero no puedo resignarme a que mi mujer ejerza una carrera, a ue aporte al hogar el precio de sus minutas, a que su nombre ıede por los periódicos, a que alcance celebridad y a ser yo el ıarido de la ilustre letrada... ¿Es esto orgullo? Para usted y ara Maria Teresa, sí; soy un orgulloso. Pero en esto, a pesar ɜ toda su ciencia, se equivocan ustedes, porque lo que soy es ı hombre.

VALENTINA.—Me alegro mucho saberlo. Cumpla usted como lo ue dice que es: como un hombre. La mujer letrada prescindirá ıuy pronto de su ciencia para no ser otra cosa que madre; la ıadre amorosa, tierna, esclavizada. ¿Es así como la quiere us-d? ¿Fué así como usted quiso a la mujer cuando la mujer ıemó en la llama del amor toda su sabiduría y sólo supo que ıbía querer?

FERNANDO.—Que es saberlo todo.

VALENTINA.—Y a veces no saber nada. Pero, concedido. María eresa no es más que una mujer; pronto será una madre. ¿De ué medios dispone usted para sostenerla a ella y a su hijo?

FERNANDO.—¡Doña Valentina!

VALENTINA.—Conteste usted.

FERNANDO.—Ahora, de momento...

VALENTINA.—Entonces no diga usted que es un hombre; diga ısted que es un señorito de hoy con ideas del siglo pasado.

FERNANDO.—Me ofende usted.

VALENTINA.—Me limito a preguntar, ante el hijo que llega: ıuién ha de sostenerlo en la vida?

## ESCENA IX

*DICHOS y MARIA TERESA, por el foro.*

MARIA TERESA.—¡Yo!

FERNANDO.—María Teresa...

VALENTINA.—¡Tú y yo!... Nosotras, las insoportables, las ridículas doctoras...

FERNANDO.—¡Quieren ustedes humillarme!

MARIA TERESA.—No. Fernando. No te humillamos. Te sorprendemos. ¿Qué esperabas? ¿El llanto?... ¿Los sollozos?

VALENTINA.—¿La pataleta de la niña romántica de ayer ante el seductor de bigote a lo káiser? No, hijo, no. Ya no hay románticas, ni *káiseres,* ni bigotes. Ahora vamos todos afeitados, ustedes y nosotras.

FERNANDO.—Es verdad; ya no hay románticas; ya no lloran las mujeres; ya no existe la encantadora debilidad de la mujer...

VALENTINA.—La debilidad de la mujer era su ignorancia.

FERNANDO.—Y la fortaleza del hombre hacer frente a su responsabilidad. Unamos nuestras vidas, María Teresa, y arrostremos el porvenir. ¿No tienes confianza en mí? ¿Te da miedo?

MARIA TERESA.—A mí, no. Temo por él. Mi vida ya no es mía. Ni tuya tampoco. Una nueva vida me impone deberes sagrados. Los cumpliré, porque, mujer de mi tiempo, no me faltan medios para cumplirlos.

FERNANDO.—¿Quieres decir que yo no cumpliré los míos?

MARIA TERESA.—No sé qué decirte... Veremos.

FERNANDO.—¡Al fin logró tu orgullo de mujer moderna humillarme! (*En la puerta del foro.*) Tienes razón: ¡lo veremos! (*Se va. María Teresa hace ademán de detenerle.*)

## ESCENA ULTIMA

*MARIA TERESA y VALENTINA*

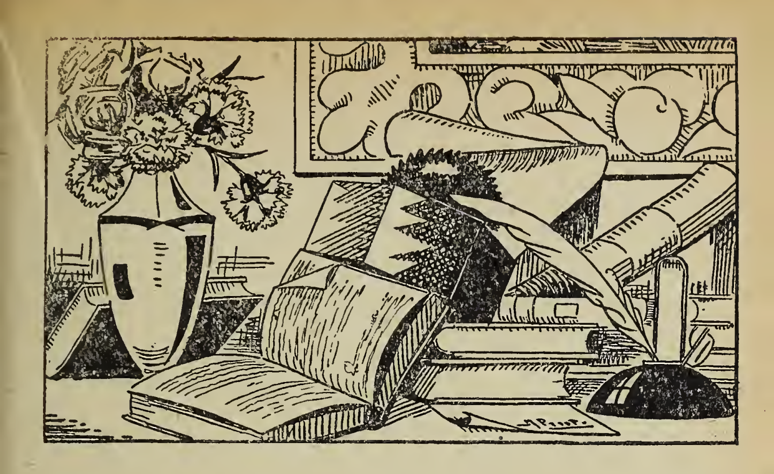
VALENTINA.—(*Sujetando a María Teresa.*) Déjale que se vaya. ¡Ya era hora de que la mujer pudiera decir de un hombre: no te necesito! Es nuestra venganza. (*María Teresa se ha dejado caer en una butaca y llora acongojada. Valentina se acerca a Ma-*

*ría Teresa y le descubre la cara.)* ¿Qué es eso?... ¿Llorar tú?... ¡Tú, un jurisconsulto!... Seca esas lágrimas... ¿Cuándo has visto tú llorar a La Cierva?...

*(María Teresa se repone, reacciona; se dirige al "bureau", enciende una lamparita y se pone a trabajar. Valentina, junto a la mesita, ordena sus papeles o consulta un libro. Por el balcón abierto llega la canción de las niñas que juegan al corro.)*

TELON





# ACTO TERCERO

La misma decoración de los actos anteriores. Un gran ramo de flores en un cacharro sobre el "bureau". Es de día.

## ESCENA PRIMERA

*MARIA TERESA y SOLEDAD. María Teresa trabaja. Soledad, de pie, espera, denotando timidez.*

MARIA TERESA.—Siéntese usted, señora. En seguida soy con usted. Un momento. Pero siéntese.

SOLEDAD.—Muchas gracias. (*Se sienta. María Teresa termina su trabajo, deja sus papeles y va a sentarse frente a Soledad.*)

MARIA TERESA.—Usted dirá.

SOLEDAD.—(*Cortada.*) El caso es...

MARIA TERESA.—¿Asunto civil o criminal?

SOLEDAD.—Pues... no lo sé. Se trata de un hombre que...

MARIA TERESA.—Entonces, de seguro, criminal.

SOLEDAD.—Usted perdone... Me ocurre algo verdaderamente extraño. No he querido ver a un abogado porque me violentaba enterar a un hombre de mi caso. Prefería una abogada. Y ahora

resulta que me da muchísima vergüenza referirle a usted esta historia mía, que, después de todo, es la historia vulgar de bastantes mujeres.

María Teresa.—Hable usted sin temores; un abogado es como un confesor.

Soledad.—Lo he oído decir. Pero ahora caigo en la cuenta de que con mujeres en los confesionarios de las iglesias las conciencias de las pecadoras no se descargarían nunca.

María Teresa.—Una mujer abogado no es precisamente una mujer. Como el hombre que se halla en posesión de la ciencia del Derecho, es un jurisconsulto. Ante la sociedad y ante la ley, la toga hace iguales al hombre y a la mujer. Hable usted. ¿De qué se trata? ¿Acaso una demanda de divorcio?

Soledad.—No; no, señora. No hay caso. Ya he dicho a usted que se trata de una historia vulgar. (*Echándose a llorar y cubriéndose el rostro con el pañuelo.*) Yo, señora, soy una pobre mujer que ha tenido un hijo.

María Teresa.—(*Poniéndose de pie violentamente.*) ¿Qué es eso de una pobre mujer? Descubra usted la cara; levante la cabeza; mire a todos con orgullo. ¡Es usted una madre!

Soledad.—Una madre infeliz, abandonada de todos, sola en el mundo.

María Teresa.—¿Y su hijo?

Soledad.—Conmigo.

María Teresa.—Entonces no diga usted que está sola. Diga usted que tiene la mejor compañía. Consuelo de hoy y amparo de mañana.

Soledad.—Mis padres me arrojaron de su casa. Mi falta era una vergüenza para toda la familia; una familia honorable...

María Teresa.—Bien. Eso no tiene nada de particular. Sus padres de usted proceden de otro siglo.

Soledad.—El padre de mi hijo me abandonó. Eramos para él una carga muy pesada. Y ese no era de otro siglo, señora.

María Teresa.—El tipo es de todos los siglos.

Soledad.—Y aquí me tiene usted, sola; sola con mi hijo.

María Teresa.—¿Y la consulta que desea usted hacerme?...

Soledad.—Es esta: ¿Qué derechos tengo yo sobre el hombre que juró quererme siempre?

María Teresa.—Los del amor.

Soledad.—Y aparte de éstos, que a veces de nada sirven...

María Teresa.—¿Reconoció al hijo? ¿Le dió su nombre?

Soledad.—No.

María Teresa.—Entonces, ningún derecho tiene usted sobre él.

SOLEDAD.—Pero eso es infame.

MARIA TERESA.—Es así. En cambio, tiene usted una gran ventaja: que ningún derecho tiene ese hombre sobre su hijo, y esto bien vale aquello.

SOLEDAD.—¡Es horrible! Mi hijo carece de nombre.

MARIA TERESA.—¿No lleva el suyo?

SOLEDAD.—El mío, sí.

MARIA TERESA.—Pues, en este caso, lleva el más respetable.

SOLEDAD.—Pero, sin la protección de un hombre, ¿cómo sostener a ese hijo?

MARIA TERESA.—Trabajando. De usted son todos los derechos pero también todos los deberes.

SOLEDAD.—¿Trabajando en qué? Yo soy una pobre señorita burguesa que no sabe hacer nada. Un bordadito, un valsecito al piano, un plato de dulce...

MARIA TERESA.—Sí poquita cosa.

SOLEDAD.—En realidad, yo era una buena muchacha que no sabía más que querer.

MARIA TERESA.—Antes le bastaba esa ciencia a la mujer. ¿Para qué saber más si su fin era el matrimonio? Hoy es insuficiente. Los matrimonios son cada vez más raros y la vida más dura. Somos muchos y muchas a disputárnosla. Pero no hay que acobardarse. Usted trabajará para su hijo. Es mi consejo.

SOLEDAD.—Y yo vuelvo a preguntar: ¿en qué?

MARIA TERESA.—En lo que sea. Cuando se trabaja para un hijo todos los oficios son nobles. También yo trabajo para el mío.

SOLEDAD.—¿Usted? ¡Oh, pero usted tiene un título!

MARIA TERESA.—Y usted. El más alto de todos: el de madre.

SOLEDAD.—(*Levantándose.*) No puede usted imaginarse lo que me han confortado sus palabras. Es mucha la ciencia de usted. Debe usted haber estudiado mucho.

MARIA TERESA.—Nada de lo que yo recogí en los libros he podido transmitírselo a usted en esta ocasión. No se trataba de un caso de Derecho.

SOLEDAD.—Y, sin embargo...

MARIA TERESA.—¡Es que se aprende tanto junto a una cuna!

SOLEDAD.—¿Podré volver a verla?

MARIA TERESA.—Siempre que necesite usted una lección de fortaleza.

SOLEDAD.—(*Abriendo el bolso.*) ¿El precio de la consulta?

MARIA TERESA.—Se lo cedo a su hijo de usted.

SOLEDAD.—¡Oh, mil gracias!

MARIA TERESA.—Hágase usted cuenta de que es este el primer dinero que gana para él. (*Sale Soledad por el foro.*)

## ESCENA II

*MARIA TERESA y VALENTINA.*

VALENTINA.—(*Por la puerta lateral, hablando con alguien que está en el interior.*) Cántale el "Ay, Teodoro, llévame al cine sonoro", que es lo único que le convence. Ya se ha dormido. La verdad es que González se da una maña para dormir al chico... (*A María Teresa.*) ¿Han venido hoy muchos asuntos?

MARIA TERESA.—Algunos.

VALENTINA.—(*Por el ramo de flores.*) ¿Y estas flores?

MARIA TERESA.—De ese cliente que viene a consultarme a diario. Es muy galante. Todas las mañanas me manda un ramo de flores.

VALENTINA.—¿Sabes que me escama ese cliente? No es corriente enviar flores todas las mañanas al abogado.

MARIA TERESA.—Al abogado, no; pero a la abogada... Siempre es una galantería.

VALENTINA.—No me gustan esas finezas. La galantería está reñida con el Derecho. ¿Qué asunto es el que trae ese cliente a tu despacho?

MARIA TERESA.—Pues no lo sé.

VALENTINA.—¿Cómo?

MARIA TERESA.—Ni él lo sabe, realmente. Unas veces es una hipoteca. Otras un contrato de compra... Una demanda por usurpación de bienes... Un posible pleito...

VALENTINA.—Malo, malísimo pleito.

MARIA TERESA.—Según lo consultado, yo le explico el procedimiento, las soluciones; pero no lo entiende; se lo vuelvo a explicar y sigue sin entenderlo; y como no me ha entendido, dice que volverá.

VALENTINA.—Y vuelve.

MARIA TERESA.—Dos o tres consultas al día. ¡Y sin lograr comprenderme!

VALENTINA.—¡Cuidadito con ese cliente, María Teresa. Tu situación es muy delicada.

MARIA TERESA.—No te preocupes. Muchos así, tan torpes, hacen falta. Su torpeza le cuesta cara. Si viene, avísame. Veremos qué asunto me trae hoy. (*Sale por la lateral.*)

ESCENA III

*VALENTINA y GONZALEZ, por el lateral.*

ɜONZALEZ.—Vamos a ver cómo resuelves tú, que tanto talento ıes, este problema doméstico social: la criada se niega a limır mis zapatos.

ʃALENTINA.—¿Basilisa se niega?... ¿Por qué?

ɜONZALEZ.—Porque dice que mis zapatos no están en las bases.

ʃALENTINA.—¿En qué bases?

ɜONZALEZ.—No lo sé. Ella te lo explicará. Precisamente me ha ːho que desea hablarte. Aquí la tienes.

ESCENA IV

*CHOS y BASILISA. Esta ha progresado en su transformación. vestida a la última moda en* la clase *y lleva gafas de concha*

ʃALENTINA.—¿Qué es eso, Basilisa? ¿Qué es lo que pasa?

BASILISA.—Tengo que hablar seriamente a la señorita.

VALENTINA.—¿Pretendes aumento de salario?

BASILISA.—No se trata ahora de eso. La escala de salarios se ará oportunamente, con la correspondiente participación en ; beneficios.

VALENTINA.—¿En mis beneficios?

GONZALEZ.—Me parece muy justo.

BASILISA.—Hablo a la señorita como delegada de las domésti- s del distrito.

VALENTINA.—Pero, ¿tú oyes, González?

GONZALEZ.—Creo que debes ponerte el birrete.

BASILISA.—Hemos constituído el Sindicato de domésticas. Se ıta de nuestras reivindicaciones. Aquí están las bases. (*Da unos peles a Valentina.*)

VALENTINA.—Quiere decirse que cada vez acortáis más las distncias.

GONZALEZ.—Y las faldas.

BASILISA.—Las bases son racionales: la jornada legal; horas asueto; descanso dominical; autorización para asistir al danıg; gabinete turco para recibir a nuestras amistades; baño

diario y gramola durante el fregado... En cuanto a las señoras, se obligan a tratarnos con más cariño, y respecto a los señoritos menos cariñosamente.

GONZALEZ.—(*Aparte.*) Nos cortan las alas.

VALENTINA.—Y, por supuesto, taxi para los recados.

BASILISA.—En definitiva, el Comité paritario fijará el contrato de trabajo. Yo soy en él vocal doméstica. El Sindicato ha acordado rogar a la señorita que acepte el cargo de abogada asesora del gremio.

VALENTINA.—¡Ah! Esa es una propuesta que me enorgullece. Un ofrecimiento que me halaga. Emitiré informe sobre las bases; voy a estudiarlas con detenimiento. Será para mí un honor guiar vuestros pasos por la tortuosa senda de vuestra vindicación, siempre expuesta a las asechanzas patronales.

GONZALEZ.—¡Bravo!

BASILISA.—En nombre del Sindicato libertador, en el del gremio explotado muchas gracias, señorita.

VALENTINA.—(*Aparte.*) ¡Pobres chicas! Todos sus salarios vendrán a mí.

GONZALEZ.—Resumen: que me tengo que embetunar los zapatos. (*Salen Valentina y González por el lateral.*)

## ESCENA V

*BASILISA y el CLIENTE DESCONOCIDO. Es un tipo muy elegante, correctísimo.*

CLIENTE.—(*Asomándose en la puerta del foro.*) ¡Chits!...

BASILISA.—El cliente de todos los días.

CLIENTE.—¿Está la señora letrada?

BASILISA.—Pase usted. Es hora de consulta.

CLIENTE.—No avise usted. Esperaré. Así como así, no es urgente el asunto que traigo.

BASILISA.—Aquí está la señorita. (*Mutis foro.*)

## ESCENA VI

*EL CLIENTE DESCONOCIDO y MARIA TERESA; al final de la escena, AURORA*

CLIENTE.—(*Saludando muy cumplidamente.*) ¡A los pies de usted, mi querido abogado!

MARIA TERESA.—¿Ha meditado usted sobre el procedimiento que le indiqué? ¿Se ha decidido; quiere que presente el escrito?

CLIENTE.—Por el momento no me preocupa aquel asunto. No lo he entendido bien todavía. Hoy traigo otro asunto más urgente. (*Se sienta la lado de María Teresa.*) Abintestato.

MARIA TERESA.—(*Separándose.*) ¿Quién?

CLIENTE.—Uno..., es igual... (*Aproximándose como antes.*) Lo que importa es que sepa usted que ha muerto abintestato.

MARIA TERESA.—(*Vuelve a separarse.*) ¿El finado era pariente próximo de usted?

CLIENTE.—Posiblemente... Pongamos que sí. O pongamos que no. ¿Es esencial esto del parentesco?

MARIA TERESA.—¿Algún tío?

CLIENTE.—No, eso no. Muy buena persona.

MARIA TERESA.—Pero, ¿usted es heredero forzoso?

CLIENTE.—Quizás. Mas esto no interesa. El caso es que ha muerto abintestato.

MARIA TERESA. ¿Y qué quiere usted decir con eso? (*El Cliente Desconocido mira embobado a María Teresa; con el gesto ha de dar a entender al público que a él lo que le lleva al despacho de María Teresa es la belleza de ésta y el deseo de contemplarla.*) ¿Que qué quiere usted decir con eso?

CLIENTE.—(*Volviendo a la realidad.*) ¡Ah, yo no quiero decir nada! Es el muerto el que ha querido decir algo al morir así: abintestato. He aquí el problema. Mi consulta al ilustre letrado, a la bellísima abogada, es esta: Cuando un hombre muere abintestato, ¿qué hay que hacer?

MARIA TERESA.—Muy sencillo. Un procedimiento judicial para la adjudicación de los bienes.

CLIENTE.—¿Y si no hay bienes?

MARIA TERESA.—Entonces, no hay nada que adjudicar.

CLIENTE.—No lo entiendo.

MARIA TERESA.—No existe el abintestato.

CLIENTE.—¡Ah, no existe el abintestato! Ahora lo entiendo menos.

MARIA TERESA.—Pues, hijo, yo no sé qué decirle para que usted comprenda.

CLIENTE.—No se esfuerce usted. La noto impaciente, nerviosa... No quiero importunarla más. Volveré.

MARIA TERESA.—¿Volverá usted?

CLIENTE.—Sí, para resolver el asunto. Voy a refrescar las ideas, a meditar sobre lo que usted me ha dicho. Los términos del problema están bien definidos. Un muerto; el muerto existe; en realidad, es lo único que existe, aunque no existe; testamento no hay; bienes no hay; herederos...

MARIA TERESA.—Como si no los hubiera.

CLIENTE.—No está claro. Veremos si más tarde damos con solución. (*Despidiéndose finísimamente.*) Mi querido abogad (*Besándola la mano.*) A los pies de usted... (*Prolonga el beso n de lo razonable.*)

MARIA TERESA.—(*Impaciente.*) Caballero...

CLIENTE.—Perdone usted. Estaba con el pensamiento en abintestato. (*Hace una profunda reverencia y va a salir, en momento en que entra Aurora por el foro.*) ¡Mi querido doct A los pies de usted. He terminado las píldoras.

AURORA.—¿Tan pronto?

CLIENTE.—¡Me las he tomado muy de prisa! Mañana iré a consulta... Mi querido abogado... Mi querido doctor... A pies de ustedes... (*Sale por el foro.*)

## ESCENA VII

*MARIA TERESA y AURORA; al entrar ésta se abrazan y besan.*

MARIA TERESA.—Por lo visto conoces a mi cliente.

AURORA.—También lo es mío. Va todos los días a mi consu

MARIA TERESA.—¿Está enfermo?

AURORA.—Pues no lo sé.

MARIA TERESA.—¿Cómo?

AURORA.—El mismo no lo sabe, realmente. Un día es un carabajeo en el estómago. Otro día le duele un brazo. Por mañana le palpita el corazón. Por la tarde siente depresión n viosa. No hay quien le entienda. Yo creo que es un aprensivo.

MARIA TERESA.—Acaso todo lo contrario.

AURORA.—Es posible. (*Ríen las dos.*)

MARIA TERESA.—¡Chica, que guapetona estás! Desde que nos vemos ¡qué honda transformación en nuestras vidas! ¿H muchos días que estás en Madrid?

AURORA.—Cuatro o cinco. Apenas regresé vine a verte. Ya lo diría Valentina. No tuve la fortuna de encontrarte. Ten vista. Ya sé que trabajas mucho.

MARIA TERESA.—¿Y qué tal ese viaje de novios?

AURORA.—Excesivo. Seis meses dando tumbos por esos mu dos de Dios. Una luna de miel demasiado prolongada. En me año, la luna fatalmente ha de tener numerosas fases: creci tes, menguantes y hasta eclipses.

María Teresa.—Pero tú eres feliz en tu matrimonio. Alfredo es muy bueno.

María Teresa.—Sí, eso sí; es un ingeniero muy bueno. Demasiado entusiasta de su carrera. Ya de novios lo demostraba. Así como otros muchos hacen planes, él hacía planos. Y ahora, en este viaje de luna de miel, hemos estudiado concienzudamente todas las líneas férreas de Fracia, todas las fábricas de Bélgica y todos los puentes de Alemania.

María Teresa.—¿Acaso regresas desencantada?

Aurora.—¿Desencantada?... Te advierto que no tengo queja Alfredo es un buen marido. Pero, ¿qué quieres?, ya es demasiado ferroprusiato.

María Teresa.—(*Riendo.*) ¡Eres deliciosa!

Aurora.—Créeme, María Teresa: hay ocasiones en la vida en que la ciencia estorba. Para un viaje de novios es un fardo pesado. La correría ilusionada de una pareja de enamorados no es precisamente una expedición científica ni un viaje de instrucción. ¿No te parece?

María Teresa.—Puede que tengas razón.

Aurora.—No lo dudes. El viaje de novios requiere a uno de esos hombres que, por no saber nada de nada, saben percibir la poesía del momento y trasmitírnosla. Sencillamente, uno de esos hombres vulgares que un milagro de ilusión hace poetas.

María Teresa.—No me gusta oírte hablar así, Aurora. ¡Desilusionada! En cambio, Alfredo estará encantado.

Aurora.—No lo creas. No soy tan torpe para dejar de comprender que se aburre a mi lado. No es esta doctora la mujer que él necesitaba. Al regresar de nuestro viaje, me he refugiado en la ciencia: mis enfermos, mi consulta, mi laboratorio... Cuando él regresa de su fábrica le gustaría encontrarse con una mujer, simplemente con una mujer; pero yo tengo que estudiar, no puedo comprometer mi reputación, me debo a mi ciencia, a mis enfermos.

María Teresa.—Sin embargo, él admira a su doctora.

Aurora.—Y yo a mi ingeniero. Pero ni él ni yo podemos engañarnos, aunque lo pretendamos; él y yo sabemos muy bien, sin decírnoslo, que al uno y al otro nos falta esa compensación tan necesaria para el equilibrio de la vida.

María Teresa.—¿Quieres decir?

Aurora.—Con absoluta claridad. Contigo puedo ser franca. Quiero decir que él echa de menos, en ocasiones, a una de esas muchachas que saben confeccionar platos de dulce y tocar valses en el piano, y yo a uno de esos buenos chicos que trabajan

por las mañanas en una oficina y componen versos en los ratos de ocio... Pero, dejemos esto. Hablemos de ti.

María Teresa.—¿De mí? Mejor será que no hablemos de mí.

Aurora.—Tienes un chico hermoso.

María Teresa.—Es mi consuelo.

Aurora.—Y un hombre que te quiere.

María Teresa.—¿Te atreves a asegurarlo?

Aurora.—Que te quiere a ti, a la mujer; que se ha enamorado de tu belleza, de tus bondades, no de tu ciencia ni de tu fama profesional. ¿Has vuelto a verle?

María Teresa.—No. Es inflexible. ¿Sabes tú de él?

Aurora.—Sé que está en relación con mi marido.

María Teresa.—¡Qué hombre!

Aurora.—¿Por qué te quejas? ¿Tú sabes lo que vale ser querida por un hombre desposeído de preocupaciones científicas? Por un hombre arbitrario, terco, brusco, brutal, pero que no es más que eso: un hombre enamorado.

María Teresa.—¿Y acaso puedo yo estar segura de su cariño?

Aurora.—Si no te quisiera a ti, tanto como odia a la doctora, ya estaría casado contigo. ¿Y del niño, se ocupa?

María Teresa.—Sé que lo ve todas las tardes, cuando Basilisa lo lleva de paseo. Basilisa no me dice nada. Sin duda le ha prohibido que me hable de él. Pero yo les he espiado muchas tardes y le he visto con el niño en los brazos, besándole con un ansia que parecía que se lo quería comer a besos.

Aurora.—¿Y tú?

María Teresa.—Escondida, pero sin perderle de vista, riendo y llorando como una loca.

Aurora.—¿Le quieres mucho, verdad?

María Teresa.—¡Con toda el alma!

Aurora.—¿Más que a tu profesión?

María Teresa.—Mi profesión es la defensa de mi hijo. He querido demostrar a Fernando que una mujer de nuestro tiempo no necesita del hombre para hacer frente a la vida. Pero sobre este orgullo de mujer letrada, está mi amor de mujer vulgar.

Aurora.—(*Levantándose.*) ¿De mujer vulgar? Te felicito, María Teresa. (*Llevándola abrazada por la cintura hacia el balcón.*) Has de saber, amiga mía, que cuando de nada puede servirme, he hecho el descubrimiento de que la vulgaridad es el hada madrina del amor. (*Quedan en segundo término, junto al balcón.*)

## ESCENA VIII

*DICHOS, MISS TARTARA y CACHITO.*

(*Miss Tártara lleva mantilla, alta peineta, mantón de Manila al brazo; un kodak en una mano y en la otra una banderilla ensangrentada, con un corcho de botella en el arponcillo. Cachito viste traje claro, sombrero de ala ancha color caramelo, tirilla encarnada y pañuelo del mismo color; en bandolera, unos prismáticos. Miss Tártara y Cachito entran sin hablar; ella deja caer el kodak, la banderilla y el mantón de Manila sobre una silla y se desploma en una butaca, en actitud decepcionada. El pasea, muy nervioso, por la escena; nerviosamente come cacahuets. María Teresa y Aurora miran a los dos con curiosidad.*)

MISS TARTARA.—My dreams fall down!

CACHITO.—¡Me parece que me he buscado la ruina!

MARIA TERESA.—(*A Aurora.*) Estos vienen de monos.

MISS TARTARA.—All is finish betwen us!

AURORA.—No se entienden.

MARIA TERESA.—Si ella sigue hablando en inglés, no se entenderán nunca.

CACHITO.—¡Maldita sea mi suerte!

## ESCENA IX

*DICHOS, GONZALEZ y VALENTINA, por el lateral.*

VALENTINA.—¡Pero si está aquí la feliz pareja!... ¿Cómo?... ¿Qué es esto?... ¿Qué caras son esas?...

GONZALEZ.—¡De los toros!

VALENTINA.—Pero ¿qué le pasa a esa mujer?

GONZALEZ.—La habrá dado el *spleen*.

VALENTINA.—¿Qué tiene ese hombre?

MARIA TERESA.—No sabemos nada.

AURORA.—Han entrado así. En plan trágico.

MARIA TERESA.—Han venido de monos.

VALENTINA.—Y a él le ha dado por comer cacahuets.

GONZALEZ.—Caramba, Cachito, serénate. ¿Qué te ocurre?

VALENTINA.—(*A Miss Tártara.*) Sepamos lo que le ocurre a mi querida Tartarita.

MISS TARTARA.—(*Se pone de pie y habla solemnemente.*) ¡La más grande, la más amarga, la más desconsoladora e irreparable decepción de mi vida!

VALENTINA.—¿Una decepción? ¿Cachito?... (*Mirándole.*) ¿Es posible?

MISS TARTARA.—¡Una enorme decepción!... Hoy era un día muy español... Sol, mucho sol... Toros, muchos toros...

CACHITO.—Ocho palhas nada más.

MISS TARTARA.—Me dijo éste: quiero que lleves a la plaza claveles rojos, y me los compró. Yo le di el dinero.

CACHITO.—No omite detalle.

MISS TARTARA.—Me dijo después: quiero que envuelvas en un mantón de Manila tu cuerpo gitano, y compré uno. Fuimos a la plaza. Yo estaba radiante de alegría. Sólo una cosa me faltaba para que el día fuera absolutamente español. Pero... mi decepción ha sido terrible. (*Por Cachito.*) Este no tiene nada de Merimée.

CACHITO.—(*Rabioso.*) ¿Qué no tengo yo nada de Merimée? ¡Maldita sea! Pero, ¿usted ha oído, González?... ¿Es que cree usted que no tengo nada de Merimée?

GONZALEZ.—Hombre, por lo menos el sombrero ancho...

MISS TARTARA.—¡Nada!

VALENTINA.—(*A Cachito.*) Bueno, ¿pero por qué dice eso?

CACHITO.—Pues, nada, que al salir el quinto toro se empeñó en que me tirase al ruedo y diese dos chicuelinas.

VALENTINA.—¡Qué barbaridad!

MARIA TERESA.—¡Qué disparate!

AURORA—¡Estupendo!

CACHITO.—Y yo, la verdad, no tengo vocación de espontáneo.

GONZALEZ.—Has hecho una tontería, Cachito; has debido tirarte al ruedo.

CACHITO.—Pero ¿no ha oído usted que eran palhas?

GONZALEZ.—No importa. Has debido tirarte, porque si no vas a tener que tirarte por el viaducto.

VALENTINA.—(*A Miss Tártara.*) Eso no tiene importancia.

GONZALEZ.—En la próxima corrida, se tira, y se acabó.

VALENTINA.—¡Y se acabó para siempre!

MISS TARTARA.—(*Con ilusión.*) ¡Oh! ¡Qué alegría! ¿Es cierto que se tirará?

CACHITO.—¡Sí, señor, me tiraré!

GONZALEZ.—¡Olé!

Valentina.—(*A María Teresa y Aurora.*) Más cornadas da el hambre.

Cachito.—(*A Miss Tártara.*) Lo quieres tú, y basta. Por tu amor, todo. ¡Hasta las chicuelinas!

Miss Tartara.—¡Oh, tu cuerpo serrano! ¿Y cuando te tirarás, gitanazo?

Cachito.—¡Cuando toree la banda de El Empastre!

Valentina.—Pasó la nube. Y no sabéis lo que me alegro, porque hoy es para mi un día muy señalado, en el que no quisiera ver caras tristes. No tardarán en venir las directivas de la Liga Feminista para entregarme la encomienda que me ha sido concedida.

Aurora.—(*Abrazando a Valentina.*) ¡Tú, comendadora!

Gonzalez.—Y yo, el comendador.

Valentina.—Acompañadme a preparar la mesa para el té que he de ofrecer a las señoras de la Liga.

Aurora.—A su disposición, doña Valentina.

Valentina.—Pasemos al comedor. Antes quiero obsequiaros a vosotros, mis íntimos. (*Salen por un lateral Valentina y Aurora.*)

Gonzalez.—¡Comendador, a la mesa!

Cachito.—(*A Miss Tártara.*) ¿Vamos al five o clock tea?

Miss Tartara.—Para mí, un chato de manzanilla.

(*Salen Cachito y Tártara; al ir a salir María Teresa, la detiene Basilisa, que llega por el foro.*)

Basilisa.—Señorita, el cliente de todos los días; el de antes.

Maria Teresa.—¿Otra vez? ¡Ya es demasiado! Dile que entre y espere. Es mucha pesadez la de este hombre. (*Mutis.*)

## ESCENA X

*BASILISA y FERNANDO, por el foro.*

Fernando.—¿Es ese?

Basilisa.—Ese, señorito.

Fernando.—¿El del ramo de flores de todos los días?

Basilisa.—El mismo. El cliente desconocido.

Fernando.—Dile que pase. Y ya sabes: ni una palabra de que estoy aquí.

Basilisa.—Está bien, señorito. (*Haciendo mutis.*) Esto es otra cosa. ¡Cómo se conoce que ya hay un hombre en la casa!

(*Fernando se sienta ante el bureau y simula trabajar.*)

## ESCENA XI

*FERNANDO y EL CLIENTE DESCONOCIDO*

CLIENTE.—(*Por el foro.*) Mi querido abogado... ¿Cómo?...

FERNANDO.—Usted dirá.

CLIENTE.—¿Que yo diré? Es a la señora abogada a quien he de hablar.

FERNANDO.—Puede usted decirme a mí lo que tenga que decirle a ella. Es lo mismo.

CLIENTE.—¿Cómo ha de ser lo mismo? Usted ¿quién es?

FERNANDO.—Y usted, ¿quién es?

CLIENTE.—Su cliente.

FERNANDO.—Y yo su pasante. Ya ve usted que es lo mismo.

CLIENTE.—No lo entiendo.

FERNANDO.—Pues es usted muy torpe.

CLIENTE.—No; eso no. Un pasante no es el jefe del despacho. Usted no está enterado del asunto que me trae aquí.

FERNANDO.—Mejor que ella.

CLIENTE.—¿Mejor que ella? ¡Caray, es usted un pasante muy pretencioso!

FERNANDO.—Menos pretencioso que usted.

CLIENTE.—Lo digo porque supone usted conocer mi asunto mejor que mi abogada.

FERNANDO.—Y yo lo digo porque supone usted que su asunto le interesa a su abogada.

CLIENTE.—Nada, que no lo entiendo.

FERNANDO.—Pues está muy claro. Que el asunto de usted no es para esta abogada. Con quien tiene usted que entenderse es conmigo.

CLIENTE.—¿Con usted?... ¡Ah, vamos!... Me parece que empiezo a comprender... Pero el asunto que yo traía aquí es un asunto de Derecho.

FERNANDO.—Aquí no hay más derecho que el mío.

CLIENTE.—Sepamos cuál.

FERNANDO.—El del amor.

CLIENTE.—¿El del amor? (*Coge el sombrero y los guantes.*) Sin embargo, sería conveniente consultar a ella: es mi abogada.

FERNANDO.—De esta clase de derechos no sabe nada la abo-

ada. sino la mujer. Y hemos terminado, señor mío. No vuelva sted a poner los pies en esta casa.

Cliente.—Me explicará usted el por qué.

Fernando.—Porque sólo la idea de que un hombre pueda fijar u pensamiento en esa mujer me hace perder la razón. *(En una uerta lateral Valentina y María Teresa escuchan. Valentina ontiene a María Teresa.)* Porque esa mujer lo es todo para mí, no tolero—¿lo oye usted bien?—que nadie ponga sus ojos n ella.

Cliente.—Perfectamente, pero yo he puesto mis pleitos en sus ıanos.

Fernando.—Y yo se los devuelvo a usted. Sus papeles. *(Se s da.)* Y ya lo sabe usted: ¡ni mirarla! *(Señalando la puerta el foro.)* ¡Ni mirarla! *(El cliente, ya en la puerta del foro, se etiene un momento, como para replicar. Sale corriendo María 'eresa y se abraza a Fernando.)*

Maria Teresa.—¡Fernando!

Fernando.—¡María Teresa! *(Abrazo "cinematográfico". El liente se pone el sombrero, da media vuelta y sale.)*

Valentina.—*(Que ha salido detrás de María Teresa, coge el amo de flores y lo arroja desde la puerta del foro.)* ¡Las floes! ¡Que se deja usted las flores, que son el único pleito que e traía a usted aquí!

## ESCENA XII

*DICHOS y ALFREDO, por el foro.*

Alfredo.—*(Contemplando a María Teresa y Fernando.)* Así da usto: un hombre y una mujer.

Fernando.—Gracias a ti, que has sabido ponerme en el camio de la dicha.

Alfredo.—Gracias a tu trabajo y a tu voluntad.

Maria Teresa.—Y a nuestro amor.

Fernando.—*(Por Alfredo.)* A su protección se lo debo todo. Ie prometí volver a tu lado cuando pudiera ofrecerte un hogar cuando pudiera sostenerlo, sostenerlo yo solo. Con dignidad ne separé de ti; dignamente vuelvo. El amor me ha hecho un ıombre que sabe ganar su vida y la de los suyos.

Valentina.—Bueno, ¿y de la Vicaría, qué?

Alfredo.—Sólo falta fijar la fecha de la boda.

(*Se oye el timbre del teléfono. Va a acudir María Teresa y la detiene Fernando, que coge el auricular.*)

FERNANDO.—(*Al teléfono.*) ¿La señorita María Teresa?... ¿Cómo?... ¿Qué dice usted? ¿Un asunto de abogacía?... No, no es que se confunda usted. Es, sencillamente, que la señorita por quien usted pregunta ha dejado la profesión para siempre. Aquí no hay más abogado que doña Valentina Ladrón de Guevara. (*Cuelga el auricular.*)

VALENTINA.—(*Interesada.*) ¿Asunto civil?

FERNANDO.—Asunto terminado.

## ESCENA ULTIMA

*DICHOS, AURORA, MISS TARTARA, GONZALEZ, CACHITO, BASILISA, PRESIDENTA DE LA LIGA, DOCTORA PRIMERA y DOCTORA SEGUNDA*

BASILISA.—(*En la puerta del foro.*) ¡Las señoras doctoras!

FERNANDO.—¡Huyamos! (*Mutis con María Teresa.*)

VALENTINA.—¡Adelante! ¡Ha llegado el momento!

(*Entran todas solemnemente por el foro; y por el lateral, Cachito, Miss Tártara y González. Del grupo de las doctoras se destaca la presidenta. Graves reverencias de las doctoras, de Valentina y de todos los demás.*)

PRESIDENTA.—En nombre de la Liga Feminista, que tengo el alto y acaso inmerecido honor...

SECRETARIA.—Merecido, doña Anastasia.

PRESIDENTA.—... de presidir, saludo a la esclarecida doña Valentina Ladrón de Guevara, orgullo del foro y paladín esforzado e infatigable de la causa feminista.

DOCTORA PRIMERA.—¡Muy bien!

DOCTORA SEGUNDA.—(*A la primera.*) Es un hacha.

PRESIDENTA.—Ha sido unánime acuerdo de cuantas integramos la Liga, regalar a tan preclara consocia las insignias de la Orden Fémina, que tan justamente le han sido concedidas. La señorita secretaria, en su calidad de tal, dará cuenta del acuerdo tomado en la última asamblea y hará entrega de las insignias. He dicho.

(*Murmullos de aprobación.*)

SECRETARIA.—Como secretaria, como humilde y acaso indigna secretaria...

PRESIDENTA.—Dignísima, Patrito.

CRETARIA.—... de la Liga, hago entrega a doña Valentina ·ón de Guevara de las insignias. (*Le da el estuche.*)

LENTINA.—(*Cogiéndolo.*) ¡Qué emoción! (*Se enjuga una lá ıa. González hace lo propio.*)

CRETARIA.—Y hago saber que el acuerdo de la últ:ma asam· celebrada fué el de regalar a nuestra ilustre consocia l: en que nació.

LENTINA.—(*Aparte.*) Pues nada más que en La Equitativa.

*en las insignias, pasando el estuche de unas manos a otras, ra y los demás comentan: "Preciosas, lindísimas, de muy gusto, etc.")*

ESIDENTA.—Plata sobredorada, chispas de boro y estuche de de cocodrilo.

LENTINA.—(*Tose y se adelanta hacia las doctoras.*) Señc· denta, señora secretaria, señoras directivas: La honda emo- que me embarga en estos momentos...

*oye llorar a un niño. Valentina interrumpe su discurso.)*

ón... Me parece que llora el niño.

ESIDENTA.—¿El niño?

CRETARIA.—Sí, en efecto, llora un niño.

*aría Teresa y Fernando, por el foro, con un "moisés" en el traen a su hijo.)*

RNANDO.—¿Te convences? Ya se ha callado. Quería asistir, futuro magistrado, a la glorificación de su ilustre tía, la ne doctora.

RIA TERESA.—Perdonen ustedes. Son locuras de un padre ado.

*ernando ha dejado el "moisés" en el centro de la habita- María Teresa lo mece. Todos rodean el "moisés".)*

ESIDENTA.—(*Mirando enternecida al nene.*) ¡Monísimo!

CRETARIA.—¡Cómo se ríe!... Es niño, ¿verdad?

ESIDENTA.—Niño; no cabe duda.

CTORA PRIMERA.—¡Qué rico!

CTORA SEGUNDA.—Encantador. Exageramos cuando decimos los hombres no sirven para nada.

SS TARTARA.—Ha salido a papá.

LENTINA.—No, eso no. La cara es de su madre. Es un La-

RNANDO.—(*Indicando el grupo.*) ¡Mujeres! Nada las hace tan rables como el sentimiento de maternidad.

ESIDENTA.—Es particular. Yo no puedo mirar un bebé sin overme.

RORA.—(*Por María Teresa.*) A mí me desconsuela un poco

en este caso, ver que tantos años de estudio, que tanta cienci
y tanto talento, no hayan servido para otra cosa que para mece
a un rorro.

Miss Tartara.—En mi país dicen que la mano que mueve e
"moisés" de un *baby*, puede mover el Mundo.

Valentina.—Pero ahora caigo en la cuenta de que interrum
pí... Y es que este muñeco nos hace perder el juicio... Perdo
nen ustedes, mis queridas consocias de la Liga Feminista, si m
discurso se ha convertido en una canción de cuna...

(*Telón.*)

## FIN DE LA COMEDIA



# TEATRO ESCOGIDO

TOMO



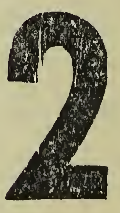

La chica del gato.

El señor Adrián, el primo, o qué malo es ser bueno.

Las estrellas.

Prólogo de JOSE CARNER.

TOMO




Es mi hombre.

La señorita de Trevelez.

Los milagros del jornal

Prólogo de RAMON PEREZ DE AYALA.

# CARLOS ARNICHES

EDITORIAL ESTAMPA
Paseo de San Vicente, 18
MADRID




RIVADENEYRA (S. A.).—MADRID